

Selección



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

CLARK CARRADOS

LAS BRUJAS DEBEN ARDER



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

296 — La sangre del Diablo, *Clark Carrados*.
297 — La perra encadenada, *Ralph Barby*.
298 — La momia viviente, *Adam Surray*.
299 — El lúgubre aullido de las lobas, *Clark Carrados*.
300 — La noche del reptil, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

LAS BRUJAS DEBEN ARDER

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 301
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 34.567 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

En la puerta de la casa, el doctor Lorenz hizo un gesto de pesar. Frente a él, un hombre tenía la cara contraída y los puños crispados.

—Lo siento, Abe —dijo el galeno—. En estos casos, la ciencia resulta impotente.

—Pero... ¿qué tiene, doctor? —exclamó Abe Hillings—. Usted mismo ha dicho que no tiene ningún síntoma conocido, que se va consumiendo poco a poco...

—Lo ignoro, Abe. En lo que a mí respecta, he hecho todos los posibles. Si quieres llamar al pastor...

—Al diablo el reverendo Wimbotton —dijo Hillings furiosamente—. Ese charlatán, borrachín, perseguidor lujurioso de todas las mujeres del pueblo...

—Abe, no hables así de un ministro del Señor —protestó el doctor Lorenz—. El reverendo tiene sus defectos, como todo ser humano, pero también es un hombre muy piadoso.

—Que no curará a mi mujer, ¿verdad?

Lorenz bajó la cabeza.

—Está en las manos de Dios —murmuró.

—Se puso enferma hace dos semanas —gimió Hillings—. Estaba fuerte como un roble, fresca como una rosa... Nunca había tenido un solo dolor de cabeza...

De pronto, Hillings lanzó una furiosa mirada hacia la casa que se divisaba a unos cuatrocientos metros, en lo alto de una colina que tenía en parte de cuyas laderas eran muy escarpadas. La casa, oculta por los árboles que la rodeaban, era apenas visible.

Hillings blandió el puño coléricamente.

—Ella, ha sido ella, la bruja de la Casa Alta. Ha echado mal de ojo a mi esposa...

—Abe, no digas estupideces —exclamó el doctor Lorenz—. ¿Cómo puedes creer en tales cosas, en esta época?

—Es una bruja, doctor. Debiéramos quemarla.

—Lo mejor será que vuelvas al lado de tu esposa —ordenó el galeno secamente—. Bruna Urschel ni tiene nada que ver con la enfermedad de Rebecca, ¿comprendes?

De repente, una persona apareció al otro lado de la calle. Era una joven de buena estatura, alta, esbelta, de largos cabellos dorados, que pendían sueltos sobre su erecta espalda. Vestía sencillamente una chaqueta de punto, camisa color café, falda a cuadros y zapatos planos. En la mano llevaba un pequeño bolso.

Hillings la vio y echó a correr hacia ella.

—¡Bruna Urschel, maldita bruja! —gritó descompuestamente—. Tú

estás matando a mi esposa...

La joven se detuvo en el acto. Algunos vecinos, atraídos por los gritos de Hillings salieron a la puerta de sus casas o se asomaron a las ventanas.

—Bruja, maldita bruja, un día te quemaremos...

—Está loco, Abe Hillings —dijo la joven fríamente, una vez repuesta de la sorpresa—. Yo no tengo nada que ver con la enfermedad de su mujer. No soy eso que dice y, aunque no se lo parezca, siento muchísimo que Rebecca se encuentre tan mal. Deseo sinceramente que se cure, eso es todo.

—Estás mintiendo, maldita. ¡Mientes, mientes!

Hillings levantó el puño cerrado, como si fuese a golpear a la joven. Pero ella le dirigió una mirada que le hizo detener su gesto en el acto. Lentamente, como obligado por una fuerza superior, Hillings bajó el brazo y farfulló algunas palabras de excusa.

—Dispénsele, miss Urschel —dijo el doctor Lorenz, al acercarse a la pareja—. Abe se siente muy afectado por la enfermedad de su esposa. No tome en cuenta las palabras que ha proferido.

Bruna miró intensamente al galeno.

—¿Es grave? —preguntó.

Lorenz bajó la cabeza significativamente. Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Si puedo hacer algo, si cree que puedo serle útil...

—¡No! —cortó Hillings violentamente—. No permitiré que esa mujer entre en mi casa por ningún concepto. ¡Antes la quemaría, conmigo y con mi mujer dentro, que permitir que ella traspase el umbral de la puerta!

El doctor Lorenz se volvió hacia la joven.

—Por favor, señorita...

Bruna hizo un ligero pestañeo.

—Sí, ya comprendo. Adiós, doctor.

Reanudó su camino. Detrás de ella sonó un agudo sollozo.

—Rebecca se muere —gimió Hillings.

El médico se marchó. Un poco más adelante, se encontró con un hombre de aspecto distinguido, vestido con cierta elegancia que resultaba un tanto extraña en un pueblo relativamente pobre.

—¿Doctor?

El médico se estremeció ligeramente.

—Señor Mowatt —dijo.

—¿Cómo está la señora Hillings?

—Muy mal, francamente mal.

—¿Hay esperanzas?

—No, señor, ninguna.

Un par de curiosos contemplaban la escena a pocos pasos de distancia y podían escuchar perfectamente el diálogo entre los dos hombres.

—Entonces, morirá pronto —dijo Mowatt.

—Un día, dos es todo lo que le concedo, de no producirse un milagro.

Y en esta época, no hay milagros.

—No, ya no se producen milagros. —Mowatt se descubrió cortésmente—. Adiós, doctor.

—Adiós.

Mientras, Bruna Urschel se dirigía a su casa, a la que llegó minutos más tarde. Una mujer salió a recibirla.

—Está muy pálida, señorita —observó.

—Me han insultado —contestó ella—. Ha sido algo realmente vergonzoso. —Muy agitada, añadió—: Soy muy tranquila, pero creo que en ese momento, si hubiese tenido una pistola, le habría pegado un par de tiros.

—¿Hillings, verdad? —dijo la señora Penton, sirvienta personal de la muchacha.

—Sí, ¿cómo lo sabe, Emily?

La señora Penton sonrió.

—El pueblo se ve bien desde la colina, sobre todo, si se dispone de unos prismáticos. Bah, no les haga caso, son unos atrasados, ignorantes y llenos de supersticiones. Aunque, si yo estuviese en su lugar, quizá vendería la casa y me marcharía de aquí para siempre.

—Y, ¿adónde podría ir, Emily? —exclamó la joven desalentadamente —. Aparte de que me pagarían muy poco dinero, tengo que seguir aquí, ya que, aunque parezca paradójico, es la única forma que tengo de conservar el empleo. Y no soy rica ni puedo vivir sin trabajar.

—Sí, lo sé —suspiró la sirvienta—. De todas formas, no les haga caso a esos salvajes. Ignórelos, es la mejor forma de vivir en paz. Y cuando se necesite algo aquí, yo me ocuparé de traerlo.

Bruna esbozó una sonrisa.

—Gracias, Emily. Ahora, con su permiso, voy a trabajar un poco.

—La avisaré en cuanto esté la cena. Y no se distraiga, como otros días; mis guisos son muy buenos recién hechos^ pero después, fríos saben a demonios.

Emily Penton se encaminó hacia la cocina, meneando la cabeza pesarosamente.

—Condenados palurdos... Si de mí dependiera, pegaría fuego al pueblo y no dejaría piedra sobre piedra, para escarmiento general.

* * *

El hombre que caminaba a lo largo del sendero que atravesaba el bosque, se detuvo de pronto en las inmediaciones de una eminencia, desde la cual se divisaba un extenso panorama. Abajo, a medio kilómetro, se divisaba un núcleo de casas, realmente, poco más que una doble hilera de edificios, en que formaban una calle de ¿razado casi recto. Cerca de él, había una casa de dos pisos y ático, con tejado de pizarra, de una de cuyas chimeneas salía una tenue columna de humo.

En la parte opuesta de la colina había una escarpadura de unos cuarenta metros de altura. Casi junto a la base, corría un pequeño río, flanqueado por álamos, chopos y algunos sauces. Al otro lado de la aldea, Pearlville, según el mapa que llevaba en uno de sus bolsillos, se divisaba una casa de mejor aspecto que las restantes. En la única calle del pueblo apenas si se veía gente.

De pronto, sonaron unos ladridos en las inmediaciones. Hugo Daniels se volvió.

Un enorme perro lobo corría hacia él, seguido por una joven de agradable apariencia.

—Aquí, «Shackoo» —llamó la joven—. ¡Quieto, quieto!

El perro se detuvo a pocos pasos de Daniels quien, cortés, se quitó el arrugado sombrero de fieltro con el que cubría sus revueltos cabellos negros.

—Dispense si la he molestado, señora —dijo—. Sólo voy de paso y no pensaba en absoluto causar perjuicios a nadie.

Ella le miró, mientras sujetaba al perro por el collar. Daniels apreció la belleza de unas pupilas muy claras, de color azulgris, realmente agradables de contemplar.

—Si se dirige a Pearlville, este camino le servirá —indicó Bruna.

—Gracias, señorita. Me llamo Hugo Daniels y voy en busca de trabajo.

Bruna arqueó las cejas. Podía apreciar modestia en las ropas de Daniels y, aunque estaban limpias, se notaba claramente el paso de los tiempos. Daniels llevaba pendiente del hombro izquierdo una bolsa de lona que, seguramente, contenía sus escasos efectos personales. Aparentaba unos treinta años y tenía barba de varios días.

—Dudo mucho que encuentre trabajo en Pearlville, señor Daniels —contestó ella—. De todas formas, puede intentarlo.

—Gracias, señorita. Oiga, ¿no necesita que alguien le arregle el jardín? Lo haría de muy buena gana, a cambio de un poco de sopa...

Ella dudó un instante. Aquel joven, pensó, era sin duda un tipo desarraigado, un vagabundo que no quería sujetarse a estrictas regias sociales, pero no parecía peligroso. Y, de todos modos, tenía a «Shackoo».

—Está bien —accedió finalmente—. Venga conmigo. Ah, me llamo Bruna Urschel, señor Daniels.

El joven volvió a descubrirse.

—Tanto gusto, miss Urschel. Hola, «Shackoo».

Al sonreír, enseñó una doble hilera de dientes blanquísimos, que resaltaban atractivamente en su rostro tostado por el sol. Bruna dio media vuelta y soltó al perro.

«Shackoo» se acercó a Daniels, lo olfateó unos instantes y luego giró calmosamente. Daniels inició la ascensión por el ramal del sendero que conducía a la casa. Un poco más allá, divisó otro camino, más ancho, que permitía sin duda la circulación de automóviles y furgonetas ligeras.

Aquella noche, Emily le sirvió una abundante cena en la cocina. Daniels mostró un magnífico apetito y acabó rebañando el plato con un trozo de pan. Al terminar, eructó, satisfecho.

—Grosero —se quejó la sirvienta.

—En algunos países, el invitado eructa, para demostrar al anfitrión su gratitud —dijo Daniels alegremente.

—Deben ser países bárbaros. Esta es una nación civilizada. Y, a propósito, señor vago, ¿dónde piensa dormir usted?

Daniels se encogió de hombros.

—Donde duermo siempre: al aire libre —contestó.

—Aquí no somos tan descorteses, como para dejar que un cristiano duerma al raso —manifestó la sirvienta—. Le daré una manta. En el cobertizo de las herramientas hay un jergón. El tiempo es bueno, pero en esta maldita comarca, siempre llueve cuando uno menos lo espera.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora Penton. No la olvidaré jamás, mientras viva, puede tenerlo por seguro.

Emily hizo una mueca.

—Me olvidará en cuanto tenga dos dólares para una botella de aguardiente —refunfuñó—. Vamos, sígame.

Emily descolgó una lámpara de petróleo de una de las paredes, la encendió y salió de la cocina, encaminándose al cobertizo, situado a unos veinte pasos de distancia. Al llegar junto a la puerta, entregó el farol al huésped.

—Ahora le traeré la manta —anunció—. Y tenga cuidado; el escarpado está muy cerca y no sería usted el primero que se hace pedazos contra el suelo.

—No olvidaré su recomendación —sonrió Daniels—. Ah, y dé las gracias a la señorita Urschel en mi nombre.

Abrió la puerta del cobertizo y levantó la lámpara, para examinar el lugar donde iba a pernoctar aquella noche. Sonrió para sí; en peores sitios se había visto obligado a dormir. El cobertizo se hallaba en buen estado y el jergón aparecía limpio y aseado. Dormiría muy a gusto, se dijo.

CAPITULO II

De pronto, sin saber por qué, despertó sobresaltado.

Daniels se apoyó sobre un codo. El silencio era absoluto. A veces, sin embargo, se oía el murmullo de las hojas de los árboles, agitadas por una leve brisa.

Presentía que iba a suceder algo. Su instinto solía engañarle en muy contadas ocasiones.

Se había acostado vestido, aunque descalzándose para mayor comodidad. Sin hacer el menor ruido, se puso las botas y abrió suavemente la puerta del cobertizo. Tal vez se tratara de una falsa alarma, se dijo, pero bien podía suceder que algún amigo de lo ajeno intentase robar en una casa aislada y sin otra protección que una ligera valla de madera a menos de cincuenta pasos del edificio.

Avanzó cautelosamente. De pronto, oyó un «glu-glú» inconfundible. Luego un sonoro eructo. Alguien emitió un gruñido de cólera.

—Deja ya de beber, maldito estúpido...

Daniels corrió silenciosamente hasta la parte delantera de la casa. Aunque la luz de las estrellas no permitía demasiada visibilidad, supo, sin embargo, distinguir dos sombras a unos treinta metros de la casa.

No estaba armado, pero sabía cómo podía ahuyentar a dos cacos. Agachándose, tanteó en el suelo. Había piedras y cogió unas cuantas.

De súbito, oyó un estrépito de cristales rotos. En la casa, una mujer gritó asustada.

«Shackoo» ladró. Daniels se separó unos pasos de la pared y empezó a pedradas con los intrusos, que ya volvían grupas.

Sonó un grito de dolor, en el que había una indudable nota de sorpresa. Daniels continuó su bombardeo.

Otro hombre gritó. Daniels los vio huir a toda velocidad. Uno de ellos se estrelló contra la valla y parte de las maderas saltaron en astillas, por la violencia del choque. Daniels no quiso correr riesgos inútiles y se aproximó a la entrada.

Arriba, en las ventanas, se encendían las luces.

—Señorita Urschel —llamó.

Bruna apareció en la ventana de su dormitorio,

—¿Qué hace ahí fuera, señor Daniels? —preguntó.

—Dispense, pero sorprendí a dos ladrones que querían entrar en su casa. Tuve que echarlos a pedradas; era lo único que podía hacer —explicó el huésped.

—Está bien, ahora bajo.

Daniels se aproximó a la entrada. Momentos después, Bruna abría la puerta. Se había puesto una bata y le miró inquisitivamente.

—Me gustaría saber si ha dicho la verdad —habló con tono casi

hostil.

—¿Por qué tendría que engañarla?

—Ha dicho la verdad.

Bruna volvió la cabeza en el acto. Emily Penton descendía del primer piso, envuelta en una bata y con algo en las manos.

—En parte —añadió la sirvienta—^. El no ha sido, no ha hecho nada; pero tampoco se trataba de unos ladrones. Querían enviarle un mensaje a usted y se equivocaron de ventana.

Daniels arqueó las cejas. Emily entregó a la joven un papel, quedándose con la piedra que había servido como vehículo y a la que había estado atado con un cordel.

Un gesto de furor impotente apareció de súbito en el rostro de la dueña de la casa. Daniels la vio estrujar el papel. Hubiera querido preguntarle qué decía el mensaje, pero no se atrevió. Sin duda era algo muy insultante. Era, incluso, posible, que hasta contuviese obscenidades. Había tipos capaces de hacer cosas así, pensó.

—No eran ladrones —repitió Emily—. Creo que pude reconocer a uno de ellos. El aspecto era inconfundible, sobre todo, si se piensa en su eterna compañera: la botella de aguardiente. —Mordaz, la señora Penton agregó—: Sí, James Erdninger se casó con una botella.

—Me pareció oír gritos de dolor —dijo Bruna.

—Les tiré unas cuantas piedras —sonrió Daniels—. Modestia aparte, tengo buen brazo y conseguí un par de blancos.

—Le agradezco su gesto —dijo la joven—. Emily, será mejor que nos retiremos a descansar.

—Sí, señorita —contestó la señora Penton—. Usted, a su cobertizo.

Daniels se tocó la sien con dos dedos.

—A la orden.

Habría dado algo bueno por conocer el mensaje, pero Bruna no parecía tener intenciones de decirle nada al respecto y no se atrevió a pedírselo. Volvió al cobertizo y se tumbó de nuevo en el camastro. Antes de dormirse, encendió un cigarrillo. Bruna era joven, hermosa. No parecía tener sentido vivir en el aislamiento. Pero cada persona tenía sus razones, se dijo, mientras sentía que le envolvían nuevamente las brumas del sueño.

Se levantó muy temprano, sin embargo. Era ya de día y pudo encontrar en el cobertizo las herramientas adecuadas, con las que reparó la valla destrozada por el encontronazo del fugitivo. Bruna le sorprendió cuando apenas había iniciado la tarea.

—Es hora de desayunar, señor Daniels —dijo.

El joven dejó a un lado las herramientas.

—No me gustaría marcharme sin reparar la valla —sonrió—. El tipo huía con tantas prisas, que casi pasó a su través, como en las películas de dibujos animados.

—En realidad, esta casa debería estar circundada por una tapia de

mampostería, pero, aparte de que cuesta mucho dinero, rompería el paisaje. Prefiero confiar en «Shackoo».

—Anoche no hizo nada —dijo él intencionadamente.

—Lo habría hecho, si alguien hubiese penetrado en la casa.

—Oh —comprendió Daniels.

—Hace algunos meses, intentaron envenenarlo. Por fortuna, llegué a tiempo, impidiéndole que siguiera comiendo de aquella carne que se me hizo sospechosa. Estuvo muy enfermo, pero consiguió salvarse. He procurado, a partir de entonces, que sólo coma de mi mano o de la de Emily.

—Una precaución muy útil —alabó Daniels—. Con su permiso...

Se separaron al llegar a la casa. Daniels dio la vuelta y fue a la cocina. Emily estaba ya atrafagada con sus cacharros.

—Siéntese, muchacho —dijo—. Ahora mismo voy a ver si consigo llenar ese estómago sin fondo.

—Eso se cura con la edad —contestó Daniels alegremente.

—Sí, cuanto más viejo, menos se come... ¿Cuántos años tiene usted, muchacho?

—Treinta y casi uno más.

—Es joven —suspiró la sirvienta—. ¿Y no trabaja?

—Hay mucho paro ahora.

—¡Hum! —Rezongó Emily—. Yo diría mejor que lo que hay son ganas de trabajar—. Puso un plato con huevos y tocino sobre la mesa y se fue en busca del pan, la mantequilla y la mermelada—. Pagamos impuestos para mantener dos clases de vagos: los que componen el gobierno y los que viven a costa del contribuyente —añadió ácidamente.

Daniels ocultó una sonrisa, mientras atacaba resueltamente el desayuno. Emily trajo también una cafetera humeante. El café resultaba excelente, apreció momentos después.

—¿Acertó con las piedras a alguno de los intrusos? —preguntó Emily de sopetón.

—Escuché dos gritos de dolor y me parecieron de personas distintas —respondió el joven.

—Lástima no les acertase en la cabeza. ¿Sabe lo que decía el mensaje?

—No, ¿cómo lo voy a saber?

—Esos hijos de puta —explotó la sirvienta. Sacó del bolsillo de su delantal un papel arrugado, lo alisó y lo puso delante del huésped—. Lea, lea, muchacho, y dígame si no hay razón para ponerse frenética.

Aquel papel era, sin duda, el mensaje lanzado junto con la piedra. Para Daniels resultaba, cuando menos, chocante.

El mensaje decía:

«Un día te quemaremos viva. ¡Las brujas deben arder!

Daniels guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—No haga caso, señora Penton. Siempre hay chiflados.

Devolvió el papel y siguió desayunando. Se preguntó quién podría ser el tipo que acusaba de bruja a una muchacha tan encantadora.

Cerca del mediodía, dio por terminada su labor. Después de lavarse un poco, recogió su equipaje y se dispuso a abandonar la casa. La señora Penton le miró con insólita simpatía.

—Usted parece un buen chico. A ver si busca trabajo pronto y deja de gandulear —dijo, con fingida aspereza.

—Se hará lo que se pueda —sonrió Daniels.

Bruna apareció en aquel momento Daniels le dio las gracias por su amabilidad.

—Yo soy la que estoy agradecida, por haber hecho huir a esos intrusos —manifestó la joven.

—Bah, no tuvo importancia. Bien, con su permiso...

—Espere —exclamó Bruna de pronto.

Metió la mano en el bolsillo de su falda y sacó dos billetes, que puso en las manos del asombrado Daniels.

—Ha hecho un buen trabajo en el jardín y la valla —dijo Bruna.

Daniels sonrió.

—Mil gracias, señorita. Adiós, señora Penton.

Colgó la bolsa del hombro y echó a andar. Un poco más adelante, se volvió y levantó su sombrero. Las dos mujeres estaban mirándole desde la puerta de la casa. Sonrió y giró de nuevo sobre sus talones. Empezó a silbar cuando atravesaba la valla.

El camino hasta el pueblo resultó fácil y rápido, debido a la pendiente del camino. Cuando llegaba a las primeras casas, se tropezó con un entierro.

El ataúd era llevado a hombros por cuatro individuos.

Detrás iban el pastor, con la estola, rezando las oraciones adecuadas al caso, y el que parecía ser el familiar más próximo del difunto, un hombre grueso, fornido, sanguíneo, con una corbata negra. A su lado caminaba un sujeto de aire distinguido, alto, delgado, con rostro en el que se apreciaban una energía y un autoritarismo que eran, sin duda, reflejo de un carácter ambicioso y sin demasiados escrúpulos. Daniels se apartó a un lado y, quitándose el sombrero respetuosamente, lo puso sobre su pecho. Estuvo así hasta que hubo desfilado la comitiva y luego siguió su camino.

* * *

Entró en la taberna. Hacía calor y se dijo que podía premiarse con una jarra de cerveza antes de seguir adelanté: El tabernero le miró receloso desde el mostrador.

Daniels comprendió y sacó uno de los billetes que le había entregado Bruna. El tabernero llenó la jarra y le dio la vuelta. Daniels dejó cinco centavos de propina, cogió la jarra y se fue a una mesa.

Bebió plácidamente, sin prisas. De cuando en cuando, daba una

chupada a! cigarrillo que había encendido poco después. Un hombre entró de pronto.

—Anda, Matt, ponme un vaso de lo fino —pidió.

—Me gustaría ver tu dinero, James Erdninger —dijo el tabernero críticamente.

—¿Acaso crees que no voy a pagarte? —farfulló el recién llegado.

—Lo único que sé es que tienes aquí una cuenta tan larga como una noche de invierno.

—Está bien, está bien... —Erdninger sacó un puñado de billetes—. Toma, cóbrate lo que debo, pero, por todos los diablos, ponme un trago.

—Vaya, parece que has encontrado una mina de dinero —exclamó el tabernero con acento burlón—. ¿Acaso estaba en ese huerto que se te ha llenado de maleza?

Era una forma muy sutil de llamarle vago, pensó Daniels divertidamente. Erdninger emitió una sucia interjección.

—Tengo dinero y eso es lo que puede importarte —contestó malhumoradamente. Cogió el vaso y lo vació de un trago—. Vengo del entierro. Ella ha mu cito ya. Tenía que morir. La bruja le hizo mal de ojo.

—Estás loco, James —dijo el tabernero—. Esa joven no...

—Tú qué sabes... Anoche me ocurrió algo... Estaba a cien metros de la casa y ella hizo volar las piedras por los aires. Una me alcanzó en la pierna. Todavía me duele, maldita bruja...

Matt Lawson se echó a reír.

—¿No sería que te acercaste demasiado, para verla desnudarse? Tienes fama de aficionado a mirar por las ventanas durante la noche, más que de trabajar como se debe.

—Si no te callas, te...

El tabernero puso las manos sobre los costados.

—Si no me callo, ¿qué?

Erdninger apretó los labios. Era un sujeto de mediana estatura, algo cargado de hombros. En modo alguno podía compararse con Lawson, quien le pasaba casi un palmo de estatura y veinticinco kilos de peso, por lo menos.

—Dispensa, Matt —dijo Erdninger humildemente—. No quise ofenderte... Anda, ponme otro trago.

Erdninger volvió a beber. Eructó y dijo:

—De todas formas, lo digo y lo sostengo. Rebecca Hillings ha muerto, porque lo quiso la bruja de la Casa Alta. Deberíamos quemarla en una hoguera y así...

Una voz metálica, llena de dureza, interrumpió de repente al sujeto:

—Señor Erdninger, si vuelvo a oírle hablar así de la señorita Urschel, le daré mucho que sentir.

Daniels volvió la cabeza. El hombre que acababa de lanzar tan violento apostrofe era el mismo que había visto en el entierro, junto al familiar del difunto. Aquel sujeto parecía encolerizado. Sus ojos despedían fuego.

Erdninger se encogió, amedrentado.

—Lo siento, señor Mowatt. Yo no quería...

—Será mejor que se largue —dijo el recién llegado—. Ayer le encomendé un trabajo en mi casa. He permitido que asistiera al entierro de la señora Hillings, pero sólo le di permiso por el tiempo imprescindible para la ceremonia, no para venir aquí a emborracharse y menos a hablar mal de una persona decente. Vamos, salga inmediatamente.

Erdninger huyó como perro apaleado. Mowatt se acercó al mostrador.

—Matt, le recomiendo tenga cuidado al servir a ese borrachín —dijo.

Lawson se encogió de hombros.

—Mientras me pague —contestó, displicente—. ¿Qué va a tomar usted, señor Mowatt?

—Cerveza, gracias. —Mowatt se volvió hacia Daniels, quien continuaba en su sitio—. ¿Busca trabajo, forastero? —inquirió.

Daniels se puso en pie.

—No, señor —contestó, sonriendo, con el sombrero en la mano—. Sólo estoy de paso y ya me marcho. Adiós, Matt. Buenas tardes, señor.

Salió a la calle y caminó un centenar de pasos. Estaba ya casi en las afueras de Pearlville. Se preguntó quién habría puesto un nombre tan poético —Villaperla—, a una población tan siniestra, no sólo por las casas, sino por algunos de sus moradores. El fundador, sin duda, no había pensado en el futuro de Pearlville.

Pasó por delante de la casa de aspecto elegante, de construcción posterior, sin duda, a la de Bruna Urschel. Allí debía de vivir el tipo llamado Mowatt.

Erdninger trabajaba en el jardín circundante. No parecía hacerlo con demasiado entusiasmo. Se le daba mejor tirar mensajes con insultos, pensó Daniels, y proferir tonterías acerca de una muchacha excelente. Volvió la cabeza y contempló un segundo la Casa Alta, en la colina, entre los árboles. Quizá tuviera que volver muy pronto.

Y no le disgustaría.

CAPITULO III

—Me siento frustrado —dijo Evans K. Rothermere.

—Lo siento, señor. He hecho todo lo que he podido. Pero no he podido encontrar el menor rastro —manifestó Daniels.

Rothermere, cincuenta años, rostro de granito, ojos de hielo y cabello áspero y duro como crines de caballo recién cortadas, lanzó una maldición a media voz.

—De todos modos, me pareció que era una buena pista...

—Y, con los debidos respetos, creo que sigue siéndolo, señor —dijo Daniels—. Pienso que deberíamos seguir investigando en esa dirección.

Los dedos de Rothermere tabalearon sobre su mesa de despacho.

—Es preciso que sigamos ese rastro una y otra vez —murmuró—. Podríamos hacerlo a pecho descubierto, quiero decir, con cientos de agentes buscando por todas partes, en una gran cacería... y obtendríamos buenos resultados, porque le obligaríamos a levantar el vuelo. Pero volaría demasiado lejos, como en la última ocasión. Nos quedamos con un par de plumas de la cola en las manos, pero el pajarraco logró ponerse fuera de nuestro alcance.

Daniels asintió. Lo que su jefe expresaba tan metafóricamente era cierto. En aquel caso, la fuerza no servía de nada. Sólo la astucia les produciría buenos resultados.

—Se me ocurre una idea —exclamó de pronto.

—Hable, Hugo —pidió Rothermere.

—Eva Ross.

Rothermere volvió a tocar una marcha con los dedos sobre la mesa.

—Eva Ross —repitió, pasados algunos segundos.

—Sí.

—Era su fulana, Hugo.

—Por eso mismo, señor.

—Pero le será fiel...

Daniels sonrió.

—¿Me permite llevar el interrogatorio a mi modo?

—No irá a retorcerle un brazo a la espalda, ¿verdad?

—Por favor, jefe; es un método pasado de moda. Prefiero emplear la persuasión.

Rothermere miró de hito en hito a su subordinado.

—Pudiera dar resultados —murmuró.

—Al menos, debo intentarlo —insistió Daniels.

—Sí, hijo, sí, inténtelo. —Rothermere soltó una amarga risita—. ¿Sabe lo que le digo? Lo haría yo, si tuviera veinte años menos... y esa pájara no se escaparía.

—Vamos mejor, Hugo, algo mejor. En fin, vaya e inténtelo. Pero no le doy más de una semana de plazo.

—Lo tomaré como vacaciones, que bien me las merezco, creo.

Daniels se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y dirigió un alegre guiño a Rothermere.

—Jefe, diga una cosa —pidió.

—¿Qué, Hugo?

—¡Buena caza!

Rothermere agarró un pesado cenicero e hizo ademán de arrojárselo al joven. Pero Daniels era más rápido y cerró la puerta con inusitada velocidad. Al quedarse solo, Rothermere meneó la cabeza:

—Esta juventud de hoy día...

* * *

De repente, en el silencio de la noche, se oyó un alarido estridente.

El grito, un chillido infrahumano, se repitió.

Una luz se encendió en una ventana. Sonó un portazo.

Los gritos se repitieron. De repente, una mujer joven, hermosa, apareció en la calle, chillando como una endemoniada.

Estaba completamente desnuda y profería frases de una obscenidad indescriptible. Desmelenada, empezó a bailar una impúdica danza en medio de la calle. Llamaba a los hombres con eróticas frases. Pedía ser poseída por todos los varones de Pearlville. Con las manos, se cogía los senos y los movía lascivamente. Decenas de pares de ojos contemplaban la escena, en medio del mayor asombro.

Al fin, algunos vecinos compasivos salieron de sus casas. Uno de ellos llevaba una sábana en las manos, con la que, no sin dificultades y ayudado por los demás, consiguió cubrir a la joven. Ella, sin embargo, seguía debatiéndose como una posesa. Al fin, consiguieron reducirla y entrarla en la casa de la que había salido.

Había un individuo que contemplaba la escena con ojos lujuriosos.

—Eso es cosa de la bruja —dijo Erdninger rencorosamente.

Situado tras la ventana de su casa, envuelto en un batín y con un pañuelo de seda al cuello, sujetando la boquilla con los dientes, Mowatt había presenciado la escena de lejos, sonriendo mefistofélicamente. Cuando vio que el doctor Lorenz, armado de su maletín, acudía a la casa de la enferma de locura momentánea, se quitó la boquilla y sacudió la ceniza displicentemente con el dedo meñique.

En el interior de la casa, una mujer de edad gemía afligidamente.

—Nunca había hecho una cosa semejante, doctor —manifestó—. No sé qué le pasó; de repente, empezó a chillar...

—¿Había bebido? —preguntó el galeno.

—No, en absoluto. Estuvo leyendo hasta muy tarde. Decía que no tenía sueño. Yo me dormí... y desperté al oír sus chillidos... Oh, ha sido horrible, doctor...

Lorenz tenía ya preparada la inyección de sedante. Cuatro robustos individuos sujetaban a la joven en la cama. Ella se agitó un instante al sentir la penetración de la aguja hipodérmica. Al cabo de unos segundos, empezó a relajarse.

—Dormirá doce horas —dijo Lorenz—. Volveré a verla por la mañana, señora Strowe.

—Sí, doctor... —contestó la madre de la joven—. Pobre Millicent, hija mía... No sé qué ha podido pasarle...

Alguien mencionó un posible acto de brujería. Lorenz se volvió hacia el sujeto.

—Estúpido —le apostrofó rudamente.

El hombre se sonrojó.

—Es que... si no es así... No se comprende...

—No se comprende, no se comprende... —farfulló el galeno—. Esa chica es joven, posiblemente, ardiente. No hay brujería, sólo le falta un marido que sepa cumplir con sus obligaciones como es debido.

Cerró el maletín y se marchó dando un portazo. Uno de los presentes se rascó la cabeza.

—Pues ahora que lo ha dicho el matasanos, puede que tenga razón. Lo que necesita Millicent...

—Lo que mi hija necesita es que se larguen todos —dijo ásperamente la señora Strowe—. Vamos, ella ya descansa, déjennos solas...

Los hombres empezaron a descender la escalera. De pronto, uno de ellos soltó una risita burlona.

—Conque necesita un marido, ¿eh? Hace tiempo que Millie ha sabido buscarse lo que tienen los maridos más veces que pelos tengo yo en la cabeza.

Sonaron más risitas. Al llegar al exterior, se dispersaron. Volvía la calma a la pequeña población.

* * *

—Sé lo que estás buscando, muchacho —dijo la rubia—. Tengo cara de tonta, pero no lo soy.

Hugo Daniels contempló durante unos segundos el audaz escote de la mujer. Los hermosos senos de Eva Ross estaban apenas velados por unos trozos de tela muy estrechos, que apenas si cubrían con dificultades los rosados vértices. Por la espalda, el escote llegaba hasta el punto justo donde la espalda iniciaba su división en dos mitades gemelas, redondas, prietas, terriblemente incitantes.

—Eva, ¿puedo decirte una cosa? —preguntó,

—Por supuesto —contestó ella, haciendo dengues y mohines.

—Y voy a ser sincero contigo.

—Te lo agradeceré, Hugo. No me gusta el engaño.

—Es que... verás, tengo un problema...

Eva se alarmó.

—Dinero, no —exclamó instantáneamente.

—Oh, qué cosas tienes... —Estaban sentados en un diván, en el apartamento de la rubia y él empezó a pasar el índice por su hombro izquierdo —. Es que... me da un poco de vergüenza decirlo...

Ella le miró críticamente.

—Vamos, hombre, suéltalo de una vez... Estoy acostumbrada a oír muchas cosas. A menos que seas un criminal y te busque la policía por asesinato, claro. Entonces, no querría ni oírte...

—Te juro que no, soy un hombre decente. Pero, a veces, se me presentan ciertos problemas de... de orden técnico...

—Oye —exclamó ella de pronto—, tú no serás un... uno de ésos, vamos.

—No, pero... en ocasiones, me pregunto si tendré esas inclinaciones, porque no reacciono adecuadamente...

Eva sonrió y le echó los brazos al hombro.

—Voy a hacer una prueba —dijo. Con la mano derecha, se soltó uno de los tirantes del vestido y un redondo seno apareció a la vista. Agarró la mano del joven y la colocó sobre aquella blanca semiesfera—. Vamos, hombre, atrévete, no muerdo... salvo en algunas ocasiones, cuando me desmando...

Hubo un caluroso intercambio de besos, con sensuales contactos de lenguas voluptuosas. De pronto, Eva bajó una mano exploratoria.

—Caramba, vaya si empiezas a reaccionar —exclamó—. Creo que yo... yo también necesito...

—¿Aquí?

—Oh, no, cariño...

Sin dejar de besarse, se pusieron en pie. El vestido de Eva había caído ya al suelo y ahora llevaba sólo unas braguitas de tejido muy fino. Eva arrastró al hombre hacia el dormitorio, en donde se veía una cama en la que hubieran cabido cómodamente media docena de personas, sin tocarse los unos a los otros. Lánguidamente, Eva se quitó la última prenda que le restaba sobre su cuerpo de opulentos contornos y se tendió en la cama.

—Vamos, desnúdate —pidió ansiosamente.

Daniels obedeció. Instantes después, ella abría unos ojos como platos.

—¿Dónde están tus problemas, guapo? —preguntó.

—¿Te gustaría ayudarme a solucionarlos?

Eva tendió sus brazos.

—Ven, yo también empiezo a tener problemas...

Acogió ansiosa y ávidamente al hombre y gritó de placer al llegar el momento culminante. Mucho más tarde, y en vista de la que parecía inagotable acometividad de Hugo, se preguntó si su huésped no la había tomado lindamente el pelo.

Pero, en todo caso, la experiencia había resultado muy satisfactoria.

* * *

—Con los debidos respetos, jefe, yo tenía razón.

Rothermere contempló fijamente a su subordinado.

—Menudas ojeras —comentó con sorna—, ¿Resultó dura la pelea?

—Durísima, jefe.

—A mí me habría gustado pelearme con esa prójima. Pero no habría pasado seguramente del primer round.

—Vamos, jefe, no se haga el modesto. Todavía se mantiene en forma —rió Daniels.

—Pura fachada, hijo, pura fachada —suspiró Rothermere—. ¿Y bien?

—Resultó. Conseguí que hablase.

—Entonces, será fácil echarle el guante.

—Hasta cierto punto. Ella sólo dijo un nombre. Bueno, añadió algo que me hizo pensar mucho, .aunque creo haber dado con la solución.

—¿Sí?

—El nombre es Pearlville.

—¿Y el añadido?

—Eso lo podría hacer usted con más facilidad, jefe.

—Bueno, suéltalo de una vez, no me tengas sobre ascuas,

—Eva mencionó al doctor Bryler. ¿Lo conoce usted?

Rothermere se rascó la mejilla con el pulgar.

—Bryler —repitió—. Ah, sí, expulsado de la profesión, por prácticas ilegales. Le tenemos echado el ojo encima; más de un pistolero ha ido a que le curase... Tenía una mano excelente con el bisturí.

—Eso, jefe.

—¡Rayos! ¿Sugieres que hubo tratamiento de cirugía estética?

—Exactamente.

Rothermere se echó hacia atrás en su asiento,

—Yo mismo iré a visitar personalmente a ese canalla de Bryler y le haré soltar todo lo que sabe —anunció—, ¿Cuándo te marchas, hijo?

—Déjeme todavía un par de días —pidió Daniels.

—Ah, quieres seguir...

—Lo que quiero es descansar.

—Una cura de sueño, vamos —rió Rothermere maliciosamente.

—¿Cura de sueño? Lo que necesito de verdad es comer. Descansar y comer. ¡Qué mujer! Parecía una fiera...

—¿Un vampiro?

—No le anda muy lejos. Estoy casi vacío por dentro.

Los dos hombres rieron fuertemente. Luego, Rothermere dio un codazo a su subordinado.

—Anda, cuéntame cómo conseguiste cobrar la pieza. Porque yo sabía que lleva un tiempo tan inaccesible como el Everest para la mayoría de los

mortales.

—Hombre, le fui con el cuento de la lástima, le hablé de mis complejos... Es que no falla, jefe; en cuanto a una tía como Eva Ross le dices algo por el estilo, quiere inmediatamente comprobar si sirve o no para sacar de dudas a un acomplejado.

Rothermere lanzó una estentórea carcajada.

—Eres único, muchacho —dijo—. Bien, descansa esos dos días y empieza inmediatamente. Mientras, yo me ocuparé del doctor Bryler.

Daniels regresó a su apartamento. Un par de horas más tarde, recibió una llamada de su jefe.

—Malas noticias, Hugo —dijo Rothermere.

—Bryler ha desaparecido —supuso el joven.

—Peor. Le hemos encontrado colgado de una cuerda. Hay una nota para la policía, declarando sus intenciones de abandonar este perro mundo, pero, en confianza, yo no creo en el suicidio.

—Lo han asesinado.

—Era la mejor forma de cerrarle la boca, ¿no crees?

—Sí —suspiró el joven—. De ese modo, no sabemos qué aspecto tiene ahora el rostro de Rick Turpeen.

CAPITULO IV

En alguna parte, pensó Daniels unos días más tarde, se escondía Rick Turpeen. Era un hombre terriblemente peligroso y con numerosos contactos en el bajo mundo. Ahora, sin embargo, sabiéndose acosado por la policía, había roto por completo todos los contactos. Después de hacerse cambiar la cara, había desaparecido como tragado por la tierra.

Lentas y tenaces pesquisas habían llevado a Daniels hasta Pearlville. Cuando llegaba a la población, se preguntó si sabría reconocer a un hombre tan buscado. El difunto doctor Bryler había sido un maestro en su especialidad, aunque luego su destino se había torcido por culpa de ciertas intemperancias de carácter, entre las cuales, la menor, no era la avaricia y el afán de conseguir dinero a toda costa. Elio le había conducido a una paulatina degradación profesional, que había culminado con su asesinato.

Sin duda, Turpeen se había olido que Bryler podía hablar y, arriesgándose a ser localizado, había conseguido que alguno de sus secuaces asesinara al doctor. Pero, en todo caso, el asesino había sabido actuar con suprema habilidad y, hasta el momento, no había pista alguna del hombre que había simulado el suicidio del cirujano.

La casa de Bruna seguía en lo alto de la colina. Daniels la contempló sin dejar de caminar tranquilamente. ¿Debía subir a visitar a la joven?

De pronto, un hombre, que llevaba un maletín en la mano, salió de una casa cercana. Detrás de él apareció una mujer de edad.

—Tengamos esperanzas, señora Strowe. Su hija es fuerte, sabrá resistir la enfermedad. Costará, pero la curaremos.

—No, ella morirá... lo mismo que Rebecca Hillings... Esa enfermedad no la puede curar ningún médico... —gimoteó la señora Strowe—. Usted lo sabe bien, doctor...

—No haga caso de habladurías sin sentido ni de supersticiones estúpidas, Anne —dijo el doctor de mal talante.

—Dicen que ella tiene un laboratorio en su casa... Allí prepara sus filtros y bebedizos...

—¡Por favor! —dijo el médico crispadamente—. Basta ya de tonterías, Anne. Esa chica no tiene nada que ver con lo que le sucede a Millicent. ¿Me ha entendido?

La señora Strowe volvió a llorar.

—Mi hija va a morir...

Había algunos curiosos contemplando la escena. Daniels se había detenido un instante, pero siguió su camino. Poco después, un tanto preocupado, entraba en la taberna.

Matt Lawson se sorprendió al verle.

—¿Otra vez por aquí?

Daniels sonrió forzadamente.

—La cosa está muy mal para trabajar —contestó—. Hago chapuzas aquí y allá, pero no consigo nada duradero... ¿Tendrá algo para cenar, Matt?

—Bueno, puedo ponerle algo de carne fría y queso.

—Será suficiente. Con una buena jarra de cerveza, por supuesto.

—Sí, ahora mismo.

Daniels se descolgó la bolsa, que dejó en una silla contigua, junto a la mesa que ocupaba. Puso también el sombrero y encendió un cigarrillo,

Lawson vino a poco con una bandeja en las manos. Cuando se retiraba, Daniels levantó una mano.

—Matt.

—Sí, señor.

—Esto... Perdone, pero siento cierta curiosidad... He oído algo sin querer cuando llegaba a Pearlville... Una mujer se quejaba de que su hija está muy enferma y que la culpa es de la señorita Urschel...

Lawson soltó un bufido.

—Desde hace un tiempo a esta parte, ciertos tipos parecen haberse vuelto locos —contestó—. La señorita Bruna es una mujer encantadora, cultivada, distinguida... Cierto que no se relaciona demasiado con la gente del pueblo, aunque si yo estuviese en su lugar haría lo mismo. Pero sólo porqué mantiene las distancias, cosa que nadie puede reprocharle, han empezado a lanzarle pellas de barro... Que si es una bruja, que si hace mal de ojo...

Lawson frunció el ceño.

—Lo que sí es cierto es que tiene un laboratorio en su casa —continuó—. Pero, vamos, eso no es para acusar a nadie de brujería, y menos en esta época. Absurdo, ¿no le parece?

Daniels sonrió.

—Algunos tienen una mentalidad muy estrecha, en efecto —convino.

—Y otra cosa que es también cierta es que Rebecca Hillings murió de una enfermedad que el doctor no pudo curar. El médico pensó que podría tratarse de un caso agudo de leucemia, y ordenó efectuar los análisis pertinentes, pero dieron negativo. Rebecca murió y aún no se sabe qué le causó la muerte.

Daniels recordó el entierro con el que se había cruzado después de su estancia en la Casa Alta.

—La acusarían a ella, quiero decir, a la señorita Urschel —dijo.

—No faltó quien lo mencionara, sobre todo, ese borrachín de James Erdninger, un sujeto despreciable donde los haya. En fin, yo no hago caso de esas tonterías y defiendo a la señorita Bruna siempre que puedo, pero váyale usted a la gente con historias que no quieren oír...

—Matt, sospecho que usted ha corrido mucho mundo —dijo el joven —. No habla como la gente de Pearlville, se nota en seguida.

—Fui marino mercante durante casi veinte años y eso le hace ver a uno la vida de otra manera, sin supersticiones ni estrecheces mentales. Perdón, pero llegan clientes...

Algunos hombres entraban en la taberna. Daniels continuó cenando con excelente apetito. Ya se hacía de noche.

De pronto, se abrió la puerta y un hombre asomó por el umbral.

—Matt, ¿ha visto usted a Erdninger? —preguntó Mowatt.

—No, señor, hace un rato que se marchó, con una botella... y con su amigo del alma Ben Darrell. Ahora se les ha unido Tick Emory también. Por lo visto, les gusta emborracharse juntos.

Mowatt extendió el brazo furiosamente.

—No vuelva a vender a ese granuja una gota de licor —dijo con voz colérica—. ¿Me ha oído?

—Señor Mowatt, si Erdninger quiere emborracharse como un cerdo, no me haga a mí responsable. Mientras pague, le serviré bebida. Yo no soy su niñera. ¿Me ha oído? —remedó el tabernero.

En la taberna se había hecho un silencio total. Daniels escrutó el rostro de Mowatt, en donde se advertía claramente la ira que le causaba la ácida respuesta de Lawson, Mowatt, pensó Daniels, no era hombre habituado a las negativas.

—Está bien —dijo el sujeto, pasados unos instantes—. Yo lo buscaré.

Cerró de un portazo. Uno de los clientes se encaró con Lawson,

—Matt, no debieras haber hablado así al señor Mowatt —dijo en tono de reproche—, Tiene influencias...

—¿Y a mí qué me importa? —contestó Lawson malhumoradamente —. ¿Voy a estar preocupándome de continuo por un tipo que no sabe preocuparse por sí mismo?

La conversación tomó bien pronto otros derroteros. Daniels terminó su cena y fue al mostrador a pagar el importe. Dejó diez centavos de propina, dirigió una sonrisa a Lawson y se encaminó hacia la salida.

En la calle, miró a las alturas. La noche era cálida, el cielo estaba despejado, rebosante de estrellas y la luna acababa de salir. Resultaría agradable dormir al aire libre, pensó.

* * *

De pronto, oyó ruido de voces y se despertó.

Estaba tendido sobre la hierba con la cabeza apoyada en la bolsa que contenía algo de ropa. Las voces sonaban muy cerca, al otro lado de un grupo de espesos matorrales. Súbitamente, aquellos hombres guardaron silencio.

Daniels vio brillar una luz un poco más a su derecha. Sigilosamente, se incorporó un tanto y gateó por el suelo, hasta situarse a unos cuantos pasos de la luz.

Entonces, a través de las hojas, presenció una escena que le dejó sin respiración.

Había un pequeño claro, parcialmente limpio de hierba, y en el centro del trozo despejado, se divisaba a una mujer, de largos cabellos rubios. A su

derecha, en el suelo, brillaba una lámpara portátil de gas, que daba una luz muy blanca.

La mujer tenía algo en las manos. Inclinándose hacia la tierra, trazó una estrella de seis puntas con el tubo de spray, que contenía pintura de color verde. Después, y de uno de los bolsillos de su falda, sacó una cajita, que contenía unos polvos de color oscuro, con los cuales hizo un montoncito en el centro de la estrella.

A continuación, erguida, empezó a quitarse prendas de ropa, una por una, hasta quedar completamente desnuda. Daniels se frotó, los ojos. Aquello que estaba viendo era absolutamente irreal, increíble... ¿Iba a ser cierto lo que decían de Bruna Urschel?

Porque la mujer que estaba en el claro no era otra que la dueña de la Casa Alta. Y se disponía a hacer algún conjuro.

Con un fósforo, Bruna encendió los polvos, que ardieron con vivísima llama durante algunos segundos. Entonces, elevó los brazos, separándolos en V y clamó:

—Obedéceme, señor de las tinieblas, cumple mis órdenes y haz que Millicent Strowe muera lentamente. Mata a Millicent, porque yo te lo ordeno, mátala y haz que sufra una agonía infinita...

De pronto, Daniels oyó crujir de ramajes en las inmediaciones y se tendió cuan largo era. Su mano derecha bajó hasta la pantorrilla, en donde tenía sujeta, en un arnés especial, una confiable «Beretta» de calibre 9. Esta vez, se dijo, no le pillarían sólo con piedras en las manos.

Oyó cuchicheos y se dio cuenta de que había testigos contemplando la escena. Pero no quería que esos curiosos supieran que él estaba a pocos pasos de distancia.

De pronto, vio algo que le hizo parpadear. Frunció el ceño. Casi en aquel momento, Bruna terminaba sus satánicas invocaciones. Empezó a vestirse.

Daniels se percató de que los curiosos se alejaban sin hacer apenas ruido. Pero, a pesar.de todo, ella debería haberles oído y no daba muestras de sentirse alarmada. Con toda tranquilidad, terminó de vestirse, recogió el farol y su bolso, y echó a andar a través del bosque.

Daniels la siguió cautelosamente. Unos minutos más tarde, la rubia salió a la carretera. Apagó el farol y se acercó al coche, estacionado a un lado.

Al sentarse tras el volante, se quitó una finísima máscara que cubría sus facciones y la dejó en el asiento contiguo. Entonces, una mano entró a través de la ventanilla abierta y retiró la llave de contacto.

—Hola, Dina Parks —saludó Daniels alegremente.

* * *

La mujer sintió que se le paraba la respiración.

—¿Qui... quién es usted? —preguntó.

—Has desempeñado muy bien la comedia —dijo Daniels—. Una máscara, adecuadamente preparada, el pelo teñido de rubio, largo y suelto... No eras mala actriz en tiempos, aunque acabaste en el strip-tease porque te daba más dinero, ¿verdad?

—Usted me conoce...

—Los estúpidos que han creído ver a una bruja invocando a Satanás, no te vieron como yo, desnuda más de una vez. Por tanto, no podían saber si Bruna Urschel tiene o no un lunar en el muslo izquierdo, un poco hacia adentro y bastante arriba. Ese lunar tiene el tamaño de una moneda de diez centavos y tú hacías un numerito muy gracioso a cuenta del lunar. ¿Lo recuerdas?

—¡Por todos los diablos! —Barbotó la mujer—. ¿Quién es usted?

—Primero, dime, ¿quién te ha pagado por la comedia de la brujería?

Dina se mordió los labios.

—Si quiere que le diga la verdad, no lo sé —contestó.

—Vamos, mujer, a mí no puedes engañarme...

—Le estoy hablando en serio. No le había visto en mi vida. Ni siquiera quiso hacerme el amor... a pesar de que yo me lo había llevado a mi casa para... Bueno, hay algo de crisis en el oficio y, a veces, una tiene que ganarse unos dólares extra...

—Sí, me lo imagino. Continúa, por favor.

—Era un tipo algo cargado de hombros, mofletudo, con unas gafas enormes. Ah» además, cojeaba. Tenía que usar bastón, ¿sabe?

—Ahora lo sé —sonrió Daniels—. ¿Qué más? Daría algún nombre, supongo.

—Sí, Tom Brown —contestó Dina sarcásticamente—. Una no tiene en su casa un libro de registro como en los hoteles.

—Comprendo. Anda, sigue.

—Bueno; el... señor Brown me dijo que podía darme un trabajo, por el que me ganaría dos mil dólares. Eso me interesó, aunque le dije que si se trataba de algo criminal, que no contase conmigo. Brown dijo que sólo se trataba de una representación, muy corta... En fin, charlamos un buen rato y me aprendí de memoria el papel. Me dio mil dólares a cuenta y señaló la fecha en que debía hacer la comedia. También me entregó la máscara, aunque no sé de dónde diablos la habrá sacado...

—De modo que sólo te ha pagado la mitad.

—Sí. Dijo que cuando regresara a casa, tendría ya un sobre con el resto del dinero. No sé más, se lo juro. Oiga, usted es un «poli», no lo niegue.

—Dejemos eso, Dina. Sospecho que Brown fue disfrazado. Al menos, en parte.

—Es posible —admitió la mujer.

—¿Le viste las manos? Pudo disfrazar su rostro, pero las manos, a menos que llevase puestos unos guantes...

—Tenía guantes y no se los quitó en ningún momento. Mire, le voy a

ser sincera. Aquella noche, yo tenía ganas de hombre y me quedé con ellas, es decir, Brown ni me tocó siquiera. ¿Entiende?

—Entiende tú esto que voy a decirte y no dejes de hacerlo o puede costarte muy caro. Ahora, es decir, en cuanto llegues a Boston, sea la hora que sea, ve a ver al jefe Rothermere. Cuéntale con todo detalle lo que ha sucedido y entrégale la máscara. Él sabrá lo que debe hacer. ¿Has entendido bien?

—Sí... Oiga, me está asustando...

—Haz lo que te digo y no tendrás que pasar miedo. Vamos, lárgate ya.

Daniels entregó las llaves de contacto a la actriz y se separó rápidamente hacia el bosque. De repente, algo lo arrojó al suelo con tremenda violencia.

Tardó algunos segundos en darse cuenta de lo que había pasado. La sorpresa había sido tan grande, que ni siquiera había oído la explosión de la dinamita que había estado a punto de matarle.

Ensordecido, volvió la cabeza un instante. El coche era una masa de llamas que ardían furiosamente en la noche. Con grandes dificultades, se arrastró sobre la hierba, buscando protección entre los arbustos. Nada de lo que pudiera hacer ya podría salvar a Dina Parks y no le convenía en absoluto ser visto en las inmediaciones del lugar del crimen.

CAPITULO V

Dina Parks había perecido incautamente, se dijo con amargura a la mañana siguiente. Lo peor de todo era que algunos habían visto a la actriz desempeñando el papel de otra persona.

Tendría que poner sobre aviso a Bruna. Era preciso hablar con la muchacha, antes incluso que con su jefe. Los curiosos que habían visto a Dina invocando impúdicamente al diablo, no tardarían en divulgar la historia. Quizá lo sabían ya todos en el pueblo, se dijo, mientras caminaba hacia la Casa Alta.

Pearlville, supuso, debía de ser un hervidero de rumores. Ya habrían llegado policías de la cercana capital del condado. Un crimen con dinamita no era corriente y mucho menos en las inmediaciones de una población tan pequeña.

Poco más tarde, llegaba a la valla que delimitaba la posesión. De buena gana se hubiera ido abajo, al río, entre los chopos y los álamos, para bañarse tranquilamente y disfrutar desnudo del sol y de la cálida brisa, sobre el verde césped... Se prometió hacerlo en cuanto pudiese. El paisaje era realmente encantador.

Pero todo lo estropeaba la visión del pueblo situado al pie de la colina. Vio bastante movimiento de gente; incluso una blanca ambulancia, y un par de coches blancos y negros de la policía. La explosión había hecho bastante ruido y no sólo en sentido real, sino metafórico.

«Shackoo» ladró. Emily Penton se asomó a la puerta.

—Pero, si es Hugo Daniels... ¿Qué diablos hace aquí, muchacho?

—Me acordé de lo bien que guisa usted y me dije que no me sentaría nada mal uno de sus platos de estofado. —Contempló la casa críticamente—. Oiga, ¿no cree que en alguna parte hace falta una buena mano de pintura17

Emily le miró oblicuamente.

—Me gustaría saber si ha venido sólo por mis guisos —dijo—. Pero entre; al menos, ahora, puedo ofrecerle una taza de café.

—Eso siempre se agradece —sonrió el joven. Acarició la cabeza del perro y franqueó el umbral, para dirigirse a la cocina detrás de Emily—. ¿Cómo está la señorita Bruna? —preguntó.

—Bien, en su laboratorio. Trabaja mucho.

—Oh, es químico.

—Sí.

Daniels se dio cuenta de que la sirvienta no quería ser demasiado explícita y no insistió. Aceptó la taza de café y empezó a tomarlo. Cuando estaba a la mitad, apareció Bruna.

La encontró encantadora, a pesar de que utilizaba unos lentes, seguramente para corregir una ligera presbicia. Llevaba puesta una bata corta, cerrada de cuello, de manga corta, blanca, y pantalones también blancos.

—Es una sorpresa verle por aquí, señor Daniels —saludó cortésmente.

—Dice que hay sitios donde se necesita una mano de pintura —intervino Emily—. Dispensen, pero tengo trabajo en el primer piso.

Daniels y la joven quedaron a solas. Ella se quitó los lentes y los guardó en uno de los bolsillos de su bata. En silencio, Daniels echó mano al bolsillo posterior de sus pantalones y sacó una billetera de piel negra, que abrió, para que Bruna pudiese ver su contenido.

La joven respingó.

—¡Es un policía!

—Sargento detective Hugo Daniels, de la policía de Boston —recitó él tranquilamente. Guardó la billetera y añadió—: Hasta el momento, es usted la única persona que conoce mi verdadera identidad, y se 1o he dicho, porque la estimo de absoluta confianza. Por tanto, le ruego no lo repita a nadie, ni siquiera a la señora Penton. ¿Me lo promete?

—Empiezo a sentirme asustada —declaró Bruna.

—Quizá tenga motivos para ello. —Daniels movió una mano—. Por favor, siéntese y escuche con toda atención y, por favor, conteste sinceramente a todas las preguntas que le formule. ¿Me lo promete?

—Sí, señor Daniels...

—Hugo —indicó él—. ¿Está enterada de que en Pearlville la acusan de brujería?

Bruna inspiró profundamente,

—Sí, lo estoy —contestó.

* * *

—Yo he oído algo sobre el particular y pienso que hay gentes de mentalidad angosta y retorcida, pero sospecho que, en el fondo de esa acusación, hay algo más. ¿Se le ocurre alguna idea? —preguntó Daniels.

—No, en absoluto; no sé de dónde ha podido partir esa estúpida calumnia...

—Sin duda, porque están enterados de los trabajos que hace usted en su laboratorio privado.

Bruna se irguió vivamente,

—Eso no le importa a nadie —protestó con vehemencia—. Estoy en mi casa, hago lo que quiero y nadie puede impedírmelo, mientras no cause daños a otras personas.

—Muy cierto —concordó el joven—. Está en su derecho y nadie le puede formular el menor reproche. ¿Qué experimentos realiza usted?

—Lo siento —dijo Bruna fríamente—. Puedo ayudarle en sus investigaciones, callaré su personalidad, puesto que así lo desea; pero no estoy dispuesta a hablar en absoluto sobre los trabajos que realizo en mi laboratorio.

—Algunas personas sostienen que fabrica filtros mágicos y bebedizos.

—¡Tonterías! No me importa que lo piensen: estoy dispuesta a seguir adelante y no podrán impedírmelo.

—Como quiera, pero... ¿Oyó anoche una fuerte explosión?

—Sí, aunque no sé lo que sucedió... Es algo que no había sucedido nunca en Pearlville.

—Yo se lo explicaré, porque estuve a punto de morir. Había unos cartuchos de dinamita conectados al arranque eléctrico de un coche, ocupado por una mujer, antigua conocida mía, llamada Dina Parks. Ella murió instantáneamente y mi suerte fue que ya me había separado unos pasos del automóvil.

Bruna se sentía atónita.

—¡Dios mío! Pero, eso es un crimen... ¿Por qué la mataron?

—Bruna, anoche, cerca del lugar donde se produjo la explosión, una mujer, completamente desnuda, invocó al demonio, pidiéndole que matase a Millicent Strowe. No, no me interrumpa, no piense que estoy loco o que lo he soñado, porque, aunque le resulte increíble, le estoy contando la verdad. Esa mujer llevaba puesta una máscara, hecha con tal arte, que durante un buen rato yo creí que era usted.

—Oh, no, no, eso es absurdo, disparatado...

—Le juro por lo más sagrado que le estoy diciendo la verdad. Ciertamente, sería un hecho sin importancia, de no ser porque hubo otros testigos que presenciaron ese baile infernal. Y ellos no supieron que la supuesta bruja era una impostora, porque se marcharon apenas terminó la comedia.

Bruna se puso las manos en las mejillas.

—Pero ¿por qué lo hizo esa mujer?

—Por dinero, claro. Ella no sabía nada; simplemente, alguien le indicó lo que debía hacer. Mediante cierta suma de dinero, claro.

—Y usted, ¿Cómo descubrió la impostura?

Daniels sonrió.

—Bueno, yo no sabía si usted tenía un lunar en cierta región del cuerpo, pero sí sabía que ella lo tenía —contestó—. Era artista de strip-tease —añadió.

—¿Le gustan a usted esos repugnantes espectáculos? —preguntó Bruna, indignada.

—Por mi profesión, a veces, tengo que ir a alguno de esos teatruchos. La artista que tomó su personalidad, a veces, hacía un numerito a cuenta del lunar.

—Era de noche. ¿Cómo pudo ver todo tan bien?

—‘Dina Parks había llevado consigo un pequeño farol de gas, que encendió a la máxima potencia. Alguien que no era yo tenía que contemplar su representación con todo detalle.

—Gente del pueblo.

—Exacto.

—Me siento abrumada —confesó la joven—. Ahora creerán de veras que soy una bruja...

—Eso es algo que ya no podemos evitar, aunque procuraré luchar contra esa clase de sentimientos. Pero me pareció que usted debía estar sobre aviso y por eso he venido a verla, con el pretexto de que en algunos sitios se necesita una mano de pintura.

Bruna hizo un gesto de aquiescencia.

—Pero si descubrió la impostura...

—Hablé con Dina Parks y lo admitió todo, aunque, por desgracia, me dio pocos detalles. El que la contrató se le presentó con nombre falso y, además, disfrazado. No obstante, yo conseguí persuadirla de que, para evitar mayores males, fuese a ver a mi jefe y le entregase la máscara. En Boston habríamos sabido encontrar al que realizó esa máscara con sus facciones y siguiendo el rastro... Pero la dinamita lo impidió.

—No sé qué pensar. Me siento aturdida, como bajo una pesadilla. Señor Daniels, ¿qué me aconseja usted?

—Lo primero, que me llame Hugo. Después...

Emily se asomó en aquel momento.

—Viene un coche de la policía —anunció.

* * *

Tres hombres se apearon del vehículo, dos de ellos con uniforme. El tercero era un hombre grueso, de aspecto rústico, con la corbata torcida. Bruna lo reconoció en el acto: era Sam Patterson, alcalde de Pearlville.

—Señorita, le presento al sargento Howard, de la policía del condado —dijo Patterson—. Sargento, ella es Bruna Urschel.

Howard se llevó dos dedos a su gorra.

—Le ruego me dispense, señorita, pero anoche se cometió un crimen en esta localidad. Alguien puso dinamita en un coche y su conductora pereció destrozada.

—He oído una explosión, en efecto, pero no sabía a qué atribuirla, hasta que usted me lo ha dicho, sargento. Sin embargo, no veo qué relación pueda yo tener con el crimen.

Howard se miró las puntas de sus botas.

—Verá, al investigar, he oído cosas sobre usted...

—Ninguna buena, ¿verdad? —dijo Bruna desdeñosamente—. ¿Piensa, acaso, que el coche explotó por una especie de conjuro que hice yo?

—Oh, señorita, yo no quería decir tal cosa...

—Lo estoy viendo a través de su frente, sargento.

Howard respingó. Incluso retrocedió un par de pasos.

—¡Demonios! —gruñó.

—¿Es usted supersticioso, sargento? —se burló la joven—, Cuando dije que lo veía a través de su frente, quería significarle que me imagino

fácilmente lo que está pensando, debido a las mil tonterías que ha escuchado en ese pueblo de bárbaros. Alcalde, si usted supiera cuál es su deber, impediría muchas de las cosas que suceden en Pearlville.

—Oiga, yo no puedo evitar que la gente hable...

—Al menos, debería indicar a ciertas personas, que el calumniar a la gente puede acarrearles graves consecuencias. Sargento, ¿puedo ayudarle en algo más?

—Pues... —Howard se rascó la cabeza, desconcertado—. Sólo quería saber si había visto algo...

—¿Por qué iba a ver nada? A esa hora, estaba durmiendo.

—Hay quien dice que la vio a usted en el bosque, minutos antes de la explosión. Y lo que dicen parece... parece ser cierto...

Bruna se puso rígida.

—Repito que no salí anoche de casa —contestó—. Por si lo dudan, tengo dos testigos que me vieron segundos después de la explosión, cuando me levanté para ver qué había ocurrido.

—¿Dos testigos? Uno de ellos será su sirvienta —dijo Howard—. ¿Quién es el otro? '

Bruna se echó a un lado.

—Les presento al señor Daniels, mi nuevo empleado —dijo.

CAPITULO VI

El sargento Howard miró recelosamente al hombre que aparecía en la puerta.

—¿Es su testigo, señorita?

—Sí, sargento. Lo contraté ayer por la tarde. Se aloja en el cobertizo de las herramientas de jardinería. Hugo, cuente al sargento So que sucedió anoche, sobre las doce, más o menos.

—Estaba dormido y me despertó una fuerte explosión —recitó el joven—. Me vestí, salí fuera y di la vuelta a la casa. Vi a lo lejos un fuego. La señorita me preguntó desde la ventana de su dormitorio qué pasaba. Le contesté que no sabía. La señora Penton estaba muy asustada. La señorita Bruna tuvo que darle un calmante. Eso es todo.

—¿No se le ocurrió acercarse al lugar del incendio?

—Estaba a unos dos kilómetros, pero más cerca del pueblo. Pensé que otros llegarían antes. Yo ya no podía hacer nada.

—Enséñeme su documentación —pidió Howard—. Quiero saber si de veras es usted Hugo Daniels.

—Cómo no, sargento.

Bruna contuvo la respiración. Ahora, Hugo tendría que mostrar su verdadera personalidad...

Con gran tranquilidad, Daniels llevó la mano al interior de su raída chaqueta y extrajo una sobada billetera, que puso en manos del policía. Howard examinó los documentos con rapidez.

—Parado, ¿eh? —rezongó.

—Así es, sargento.

—Aquí veo que trabajó últimamente en la Tools & Works, de Boston. ¿Por qué abandonó el empleo?

—Había un capataz que me miraba de reojo. No paró hasta que consiguió que me despidieran. Tiene influencias en el sindicato y mis protestas no sirvieron de nada.

Howard lanzó la billetera a su dueño. Daniels la recogió al vuelo.

—Está bien, acepto su palabra. Pórtese bien o el alcalde Patterson me telefoneará y yo vendré a sentarle la mano —dijo el sargento amenazadoramente.

—Respondo de él —intervino Bruna.

—Mejor para todos. Vámonos.

El coche arrancó a los pocos instantes, dejando una tolvanera de polvo que se disipó lentamente. Entonces, Bruna se volvió hacia el joven.

—La verdad es que he pasado un mal trago —confesó—. ¿De dónde ha sacado esa documentación falsa?

Daniels sonrió sibilinamente.

—Es la que uso para casos como el presente —respondió—. No podía

fiarme de un policía rural. No es que sospeche de él, ni mucho menos, pero mi asunto particular no necesita pasar por demasiadas manos.

—Pero el sargento Howard puede investigar en esa empresa...

—Está previsto. El director es gran amigo de mi jefe. El capataz está debidamente instruido. Procuramos no dejar cabos sueltos sin atar.

Ella entornó los ojos.

—Diríase que está aquí por alguna misión muy secreta. ¿Me equivoco?

—Algo podría contarle, pero sería a cambio de información por su parte. Y no quiere, ¿verdad?

—No. Lo siento, no me es posible. Pero no se preocupe; no le haré preguntas sobre su trabajo.

—Gracias. ¿Le importa que use el teléfono? Me gustaría hablar con mi jefe, para contarle lo ocurrido.

—Desde luego. Considérese como en su propia casa —dijo la joven con cierta sorna.

Daniels sonrió para sí. Le gustaba que, en medio de todo, Bruna supiese conservar una pizca de humor.

El teléfono estaba en una salita interior, que le indicó la muchacha. Daniels levantó el aparato y se dispuso a marcar un número determinado, pero entonces oyó un leve chasquido.

Lentamente, dejó el aparato en la horquilla. Abandonó la sala. Bruna estaba en la cocina, calentando la cafetera.

—Ha sido usted muy breve —observó.

—No he querido hablar —contestó él—. Su teléfono está intervenido.

Bruna abrió la boca.

—Pero ¿cómo lo sabe...?

—Tengo experiencia sobre el particular. No quiero correr riesgos —manifestó Daniels—. Vaya usted, llame a su tienda y encargue un pedido de lo que sea. Si es preciso, yo le daré luego el dinero. He levantado el teléfono, no he hecho ninguna llamada y podrían recelar.

—Sí, pero no entiendo quién puede tener interés en escuchar mis conversaciones —dijo ella.

—El mismo que ha difundido la especie de su presunta brujería.

Bruna guardó silencio un instante.

—No tengo la menor idea de quién pueda ser esa persona —dijo al cabo.

—Haga la llamada —insistió él—. Ya encontraremos a ese pájaro, descuide.

Mientras Bruna acudía al teléfono, Daniels se fue al cobertizo de las herramientas. Había una vieja bicicleta, en desuso desde hacía algún tiempo, según parecía, y quería ponerla en condiciones de funcionamiento para la noche. Llamaría a Rothermere desde el pueblo vecino, a unos doce kilómetros; era la única solución que le quedaba.

Suspiró. ¿Cuánto tiempo hacía que no montaba en bicicleta?

* * *

Al día siguiente, por la mañana, alguien aporreó con fuerza la puerta del cobertizo. Desde el exterior, Emily protestó airadamente de la gandulería del nuevo peón.

—¿Así es como piensa ganarse el salario? Son casi las diez de la mañana... ¿O prefiere el señor que le sirvan el desayuno en la cama? —añadió con mordaz entonación.

—Ya voy, Emily, ya voy —dijo Daniels quejumbrosamente—. Estaré listo dentro de un par de minutos.

—Los huevos se van a enfriar, majestad —se despidió la sirvienta burlonamente.

Sintiendo mil dolores en las articulaciones, Daniels consiguió vestirse. Renqueando, salió del cobertizo y caminó hasta la cocina. Emily le miró de reojo.

—La señorita Bruna ha hecho una buena adquisición —rezongó— A este paso, no va a terminar de pintar en diez años.

—Tengo un reúma que me mata —se quejó Daniels.

—¿A su edad y ya con reúma? Esta juventud de hoy día está podrida... A saber si esos dolores no serán de otra cosa. Por ejemplo, alguna enfermedad indecorosa.

—Emily, yo soy un hombre muy decente —protestó él.

—Sí, un santito. —Y, en aquel momento, se oyó una bocina en el exterior—. Voy a ser quién diablos viene a estas horas —rezongó la señora Penton.

Era una furgoneta que, tras dar la suelta a la casa, se paró ante la puerta posterior. El conductor se apeó y fue hacía la zaga del vehículo.

—Traigo lo que pidió ayer, señorita Urschel —anunció el sujeto—. Pero me han dado orden de no entregar nada, sin cobrar el importe.

—¿No te fías de ni ama, Tick Emory? —Gruñó Emily—. ¿Piensas acaso que es una pordiosera?

Emory se encogió de hombros.

—Hago lo que me mandan —contestó.

—Y lo que no te mandan, también. Por ejemplo, cuando te subiste al árbol, para ver a la señorita desnudarse cuando se disponía a meterse en la cama. ¿También te manda tu patrón hacer esas guarrerías?

Emory, un sujeto esmirriado, de barba rala y ojos atravesados, escupió despectivamente a un lado.

—Pague y cállese —masculló,

—Traiga la factura, señor Emory —sonó de pronto la calmosa voz de la joven.

El sujeto extrajo de su traje de peto un papel y se lo entregó a Bruna.

Ella repasó la factura un instante y asintió.

—Espere un minuto; le llenaré un cheque —dijo.

—Y empieza a descargar ya de una vez, mirón vicioso —le apostrofó la sirvienta.

Emory soltó una risita.

—Traigo unas cuantas latas de pintura —dijo—. Lástima que ninguna sea de color fuego; es el tono que más le cuadra a esta casa.

Sonó un estallido. La mano de Emily había tomado violento contacto con la escuálida mejilla de Emory.

El sujeto, aturdido, se tambaleó. Una obscena interjección brotó de sus pálidos labios. Daniels se asomó a la puerta.

—Será mejor que contenga su lengua, amigo —dijo.

Emory le miró asombrado.

—Sí, sí, señor... Dispense, lo dije sin querer...

—Vamos a descargar la mercancía.

Emory se mostró inusitadamente activo. Aquel hombre le impresionaba mucho. Si ya la mano de Emily le había hecho trastabillar, un puñetazo del nuevo peón de la Casa Alta le rompería todos los dientes, calculó, amedrentado.

Bruna salió a los pocos momentos y le entregó el cheque y un billete de dólar.

—Para usted, señor Emory —dijo.

—Gracias, mil gracias, señorita —contestó Emory servilmente. Subió a la furgoneta, arrancó y dio la vuelta, desapareciendo rápidamente del lugar.

—Es un sujeto despreciable —calificó Bruna.

—He podido oír algo, en efecto —sonrió Daniels—. Bien, si no le importa, empezaré a pintar ahora mismo...

—Pero tiene reúma, creo.

Daniels meneó la cabeza. Emily estaba dentro, en la cocina, arreglando los paquetes recién traídos.

—Le diré la verdad —habló el joven en voz baja—. Anoche fui a Harrelford en bicicleta, para telefonear a mi jefe sin riesgo de ser escuchado por oídos indiscretos. Hacía años que no pedaleaba tanto y, francamente, me siento molido.

Bruna rió suavemente.

—Entonces, si lo prefiere, descanse hoy. Ya trabajará mañana, cuando se sienta mejor —sugirió.

—Dios me libre de hacer el vago, estando Emily por ahí. Me sacaría los ojos —contestó el joven de buen humor—. Lo mejor será que empiece cuanto antes... Aunque esta tarde, me iré a la taberna a tomarme una jarra de cerveza.

—Aquí tengo, en el frigorífico...

—Los frigoríficos son mudos y sordos, y no cuentan chismes y rumores, como sucede en las tabernas —dijo Daniels maliciosamente.

—Creo que le comprendo, Hugo.

—Mejor para todos —contestó él.

* * *

Por la tarde, bajó al pueblo. Los dolores habían desaparecido en parte, gracias al ejercicio, aunque sabía que le durarían algunos días. Estaba demasiado apoltronado, se dijo. Pero el esfuerzo había valido la pena.

Cuando llegaba a las inmediaciones de la taberna, se cruzó con una mujer de unos treinta años, de rostro un tanto basto, pero indudablemente atractiva. En el color de sus cabellos rubios intervenía notablemente la química, lo mismo en que la tonalidad demasiado vivida de sus gruesos y pulposos labios. Parecía sentirse muy orgullosa de sus encantos físicos, de los que destacaban los pechos, rotundos, estallantes bajo una liviana blusa de color azul fuerte, y las sólidas caderas, de tremendo atractivo sensual. Al cruzar junto a ella, vio una leve chispa de malicia en los ojos de la mujer, junto con una tenue sonrisa en sus pintados labios. Daniels, sin embargo, ni siquiera la saludó; no estaba allí para complicarse la vida con una aventura amorosa,

A menos que de esa aventura pudiera conseguir algún provecho para la misión que le había sido asignada.

Entró en la taberna. Matt Lawson le miró socarronamente.

—Guapa, ¿eh? —dijo, mientras empezaba a llenar una jarra de cerveza.

—¿A quién se refiere? —preguntó el joven, haciéndose el inocente.

—Vamos, no disimule. Estaba en la puerta cuando se cruzó con Sara Mitchunn. —Lawson puso la jarra delante del joven y, a la vez que bajaba, se acodó en el mostrador—. Está casada, pero no se preocupa demasiado de su marido, usted ya me entiende, ¿verdad?

Daniels hizo un guiño.

—De todas formas^ yo no he venido aquí a buscarme complicaciones, Matt. He encontrado un trabajo y quiero cumplir lo mejor posible.

En aquel momento estaban los dos solos en la taberna.

—Vamos, Hugo, ¿a quién pretende engañar? —Dijo Lawson—. He corrido mucho mundo. Veinte años embarcado en buques de carga dan mucha visión de perspectiva. Usted no es lo que pretende ser y yo apostaría diez a uno a que es un sabueso que busca a alguien.

Daniels miró de hito en hito a su interlocutor. Antes de que pudiera decir nada, alguien entró en el local y se acercó a la barra.

—Hola, Matt —dijo Tick Emory—, ¿Quiere ponerme una jarra?

—Claro, muchacho —sonrió Lawson. Pero tenía los ojos fijos en el joven—. Ahora mismo te la sirvo.

—Por mi cuenta —dijo Daniels rápidamente—. Pero me parece que el amigo Emory querría saborear algo mejor que la cerveza. ¿Le apetecen unos

tragos de buen whisky? Esta mañana tuvimos unas palabras y me gustaría hacer las paces con usted.

Emory sonrió, entusiasmado ante la idea de beber unos buenos tragos por cuenta de otro.

—Pues claro que sí. A mí me gusta siempre ser amigo de todo el mundo —exclamó.

—Entonces, no se hable más. Matt, llévenos a aquella mesa una botella de lo bueno y dos vasos —dijo Daniels jovialmente.

CAPITULO VII

Después de un par de vasos, Emory tenía los ojos algo más brillantes y parecía propicio a la locuacidad. Llenó su tercer vaso y, sosteniéndolo en alto, miró al joven.

—Es usted un hombre valiente, señor Daniels...

—Hugo, llámame Hugo, Tick —pidió el joven—. Entre dos buenos amigos, creo, no debe haber ceremonias.

—Claro, es lo que digo yo siempre... Hugo, te admiro. Por nada del mundo querría yo estar trabajando en la Casa Alta. —Emory bajó la voz repentinamente—. Allí vive una bruja, ¿sabes?

—No me digas. —Daniels fingió asombro.

—Te lo juro. Esa chica es una bruja. Una mujer ha muerto ya por su culpa, y otra, Millicent Strowe, si pasa de hoy será un milagro.

—Vaya, pues eso no lo sabía yo. Aunque, de todos modos, no creo en las brujas, Tick.

—¡Je! Tendrías que haberla visto como yo hace dos noches...

Emory miró a derecha e izquierda. Ya había despachado su tercer vaso.

—Estaba en un pequeño claro del bosque, a medio kilómetro al oeste. Trazó unos signos mágicos en el suelo, hizo arder unos polvos diabólicos y se desnudó, para invocar al demonio y pedirle que matase a Millie Strowe. Te lo juro, Hugo, hizo todo lo que te he dicho. Y no fui yo el único que la vio lanzar sus conjuros.

—Ah, ¿había alguien más contigo?

—Sí. —Emory eructó y Daniels sintió una oleada de vaho de whisky en pleno rostro. Contúvose heroicamente, resistiendo los deseos que sentía de levantarse y echar a correr. Emory prosiguió—: Fuimos Ben Darrell, James Erdninger y yo.

—Luego contasteis lo que habíais visto...

—Sí, pero no nos creyeron. Dijeron que estábamos borrachos... Eso no es cierto; sólo habíamos bebido dos botellas entre los tres... Bueno, estábamos a «medios pelos», pero podíamos ver y oír todo perfectamente. ¡Es una bruja, Hugo, te lo juro por la salvación de mi alma! —dijo Emory dramáticamente.

—¡Caramba, no digas esas cosas, que me pones los pelos de punta! Pero si ella hacía sus conjuros en el bosque... ¿es que alguno de vosotros sabía que iría esa noche?

Emory guiñó un ojo.

—Teníamos interés en ver a una pareja. James dijo que irían esa noche al bosque... A veces, se ven cosas divertidas... Pero, mira, en lugar de la pareja, nos encontramos con la bruja...

Emory hipó. Daniels sonrió:

—De modo que fue tu amigo James el que dijo que esa noche habría espectáculo, ¿eh?

—Sííí...

En aquel momento, entraron unos clientes. Daniels dio una palmada en el hombro de Emory.

—Eres un buen chico, pero yo tengo que marcharme. Hablaremos otro día, Tick. Ah, y puedes quedarte con la botella.

—Tú sí que eres un amigo como Dios manda —contestó el sujeto con húmedo agradecimiento.

Daniels se acercó al mostrador. Esperó a que Lawson sirviera a los recién llegados y luego le preguntó qué le debía. Al pagar la cuenta, Lawson le miró inquisitivamente.

—Seguro que le ha sonsacado algo —dijo a media voz.

—Matt, recuerde el refrán sobre los moscas y la boca cerrada —contestó el joven.

Lawson sonrió.

—No se preocupe, Hugo; sé callar cuando conviene —dijo. Levantó la voz—: Muchas gracias, señor —dijo, a la vez que cogía los billetes que el joven había dejado sobre el mostrador.

Daniels salió a la calle. Ya empezaba a oscurecer. Empezó a preguntarse cómo podría entablar relaciones con Erdninger.

Resultaba evidente que el trío de curiosos habían ido a! bosque, pero no a ver precisamente a una pareja dedicándose a sus expansiones amorosas. Había sido solamente el pretexto. Uno de los tres sabía que Dina Parks iba a desempeñar su comedia. ¿Erdninger?

Sería cosa de buscar la ocasión de hablar con el sujeto, se dijo.

De pronto, advirtió que apenas tenía cigarrillos. Vio un almacén general a poca distancia y entró. Había una mujer junto al mostrador. Aun de espaldas, Daniels la reconoció en el acto. Era Sara Mitchunn.

Sara se volvió al oír sus pasos y le miró un instante. Daniels esperó cortés a que ella hubiese terminado sus compras. Entonces, Sara giró, deliberadamente, cerca del joven. Su seno derecho, sólido, compacto, rozó el brazo izquierdo de Daniels. Sonrió muy tenuemente, de modo que sólo él pudiera advertirlo. Luego, contoneándose aparatosamente, se dirigió hacia la salida.

Daniels compró un cartón de cigarrillos y algunas cajas de fósforos. Pagó y, cuando se disponía a marcharse, oyó voces en la puerta.

—¡Millie acaba de morir! —exclamó una mujer con acento consternado.

Daniels frunció el ceño. Aquella muerte, se dijo, podía causar problemas a Bruna. ¿Quién podría creer, después de la historia relatada por tres sujetos lascivamente curiosos, que ella no había invocado a! diablo, para conseguir que muriese Millicent Strowe?

* * *

—Pero lo que no entiendo es el interés que alguien tiene en achacarle esas muertes —dijo más tarde, después de haber relatado a la joven todo lo que había conseguido averiguar en el pueblo.

Bruna parecía muy deprimida.

—Yo tampoco —confesó—. ¿Por qué iba yo a desear las muertes de dos mujeres con las que apenas si he cambiado media docena de palabras en mi vida?

—Erdninger sabía que se iba a producir el espectáculo. Es un palurdo, muy bien manejado por alguien, que le paga con licor. ¿Se le ocurre algún nombre?

Bruna vaciló un momento.

—Quizá, pero... —dijo, irresoluta.

—Vamos, suéltelo; no tema mencionar a nadie, sea quien sea. Si resulta inocente, mejor para él. Y si puedo conseguir alguna pista, mejor para usted.

—Es que me resulta difícil de creer...

—Bruna, nosotros, los policías, somos muy escépticos y, a la vez, capaces de creemos todo, incluso lo peor. Hable, se lo ruego.

—El único hombre que se me ocurre es Dean Mowatt. Es un hombre acomodado, podríamos denominarle el rico del pueblo, pero siempre se ha mostrado cortés y afable conmigo.

—Bueno, si usted lo cita, será por alguna razón.

—Hace algún tiempo, pareció interesarse por mí. Yo le desengañé bien pronto. También insinuó algo de comprarme la casa, pero, por ahora, no me interesa venderla, ya que no tendría adonde ir y no podría continuar mis trabajos de laboratorio. Pero, por otra parte, ¿qué interés podría tener en perjudicarme?

—El interés del despecho y los celos. Un enamorado desdeñado, sea hombre o mujer, es capaz de cualquier cosa y, además, lo suelen disimular maravillosamente, hasta que descargan su golpe. Usted tiene un laboratorio, trabaja y hace experimentos químicos, ¿qué mejor pretexto para acusarla de brujería?

—¿Y qué sacaría él con hacer eso?

—La satisfacción que produce la venganza.

—Bien, de acuerdo, pero eso no explica las dos muertes que se han producido en el pueblo, por causas desconocidas.

—Mowatt, simplemente, aprovecha esa ocasión para seguir derramando insidias sobre usted. Por cierto, en ocasiones, Erdninger trabaja para él, ¿no es cierto?

—Sí, creo que sí...

Daniels se acarició el mentón pensativamente.

—Hoy ya es un poco tarde, pero mañana, trataré de hablar con ese

despreciable sujeto —murmuró.

—Una pregunta, Hugo —dijo ella de pronto—. ¿Sigue intervenido mi teléfono?

—Sí, pero no se preocupe. Hable normalmente y no dé muestras de saber lo que le pasa.

—A veces, tengo que enviar informes confidenciales sobre mi trabajo... Podría hacerlo por carta, pero, en ocasiones, conviene anticipar algunos datos. —Bruna remoloneó un poco y añadió—: Se trata de un secreto comercial de cierta importancia. Algún competidor podría aprovecharse de mis trabajos, ¿comprende?

—Solucionaremos ese problema, no se preocupe.

A la mañana siguiente, desde la colina, Daniels vio el entierro de Millicent Strowe a través de los prismáticos que le había prestado Emily. Dean Mowatt figuraba en la comitiva. Erdninger y Emory también asistían a la fúnebre ceremonia.

Al cabo de unos minutos, Daniels reanudó su trabajo de pintor. Por la noche, cuando todo estaba en silencio, abandonó su alojamiento y, con el mayor sigilo posible, se dirigió al pueblo, dando un rodeo por el bosque.

* * *

Había una ventana por la que salía un rayo de luz. Daniels se acercó cautelosamente y atisbo a través de la rendija que habían dejado unas cortinas insuficientemente descorridas.

Había dos personas en la habitación. Una de ellas era Mowatt, el dueño de la casa. La otra era Sara Mitchunn.

Mowatt y Sara parecían estar en íntimo coloquio. Ella tenía en la mano una copa de champaña. Mowatt le subió de pronto las faldas y dejó sus piernas a! descubierto. Su mano exploró las intimidades de la mujer. Sara emitía ligeras risitas.

Al cabo de unos momentos, Mowatt quitó la blusa a la mujer y le dejó los senos al descubierto. Inmediatamente, empezó a besarlos y a acariciarlos ardorosamente. Sara se retorcía de placer. Mowatt terminó de desnudarla y la arrojó sobre una gran pie! de oso. Ella, impúdicamente, esperó a que el hombre se hubiese quitado las ropas y lo recibió ávida, sensualmente, con plena y total lujuria.

Daniels no quiso seguir contemplando la escena. No tenía espíritu de mirón vicioso, como decía la señora Penton. Con el mismo sigilo que a la llegada, emprendió el regreso a la Casa Alta.

* * *

Estaba muy ocupado con el pincel en un marco de ventana, cuando, de repente, oyó un tenue silbido a sus espaldas.

Volvió la cabeza. Al otro lado de un olmo de grueso tronco, a unos

cincuenta metros, alguien le hacía señas con una mano.

Tranquilamente, Daniels dejó el pincel metido en el bote de pintura, se limpió las manos con un trapo y caminó hacia el árbol.

—Estás desconocido, Hugo —dijo el hombre, riendo—. Oye, cuando termines aquí, ven por mi casa; le hace falta una buena mano de pintura.

—Vamos, Red Walter, déjate de bromas. ¿Qué has averiguado?

—La conexión está a trescientos metros, en dirección al pueblo. Deriva luego un poco hacia el oeste, pero acaba en un roble viejo. Por lo visto, no conectan la derivación de modo fijo. Sólo de cuando en cuando hacen el empalme, ¿entiendes?

—Sí, Red. Lo habrás dejado tal como estaba.

—Por supuesto. Sólo vine para informarte.

—Gracias, muchacho. Saluda al jefe. Dile que, por ahora, estoy atascado. Es una lástima que Bryler muriese asesinado...

—Eso es lo de menos —rezongó Walter—. Bryler no tomaba fotografías de sus pacientes, después de cambiarles las facciones. —Sacó una tarjeta y la puso en las manos del joven—. De todos modos, si está aquí, quizá puedas conseguir sus huellas dactilares.

Daniels guardó la tarjeta en un bolsillo. Era una reproducción de la ficha de Turpeen. Podía ser un recurso. El doctor Bryler le había cambiado la cara, pero había algo que no variaba jamás en una persona: sus huellas dactilares.

¿Cuál de los habitantes de Pearlville era el hombre a quien buscaban?

Walter, el especialista en comunicaciones, enviado por Rothermere para localizar la derivación telefónica, se marchó. El hombre que escuchaba las conversaciones que Bruna celebraba a través del teléfono era muy listo. Pero ¿llegaba la astucia de Mowatt a tales límites?, se preguntó.

Cuando volvía a la casa, Emily le apostrofó violentamente.

—Si tenía ganas de vaciar la vejiga, podía haber ido al baño, marrano. Hacerlo junto a un árbol, como los perros...

Daniels respingó. Estuvo a punto de soltar el trapo de la risa, pero logró contenerse.

—Lo siento, señora Penton —se disculpó humildemente—. No volveré a repetirlo más,

—Cochino —gruñó Emily—. Mearse ahí, a la vista de todo el mundo... Al menos podría haberse ido un poco más lejos.

Bruna se asomó un instante a una ventana.

—Hugo, venga —llamó.

—Sí, señorita.

Daniels entró en la casa. Ella le recibió en un pequeño cuarto de trabajo.

—Lo he oído todo, pero sé que no ha hecho lo que dice Emily —manifestó—. Le vi hablando con un hombre. ¿Quién era?

—El hombre que ha encontrado la derivación telefónica. Hubo un

instante de silencio. Luego, Bruna asintió.

—Creo que comprendo —murmuró—. ¿Ha conseguido algo?

—Sólo en parte, pero el resultado, al menos por ahora, no es para echar las campanas al vuelo —respondió el joven.

CAPITULO VIII

De nuevo volvió a cruzarse con Sara Mitchunn cuando llegaba al pueblo. Por lo visto, se dijo, la mujer tenía el hábito de salir de su casa a aquellas horas. Se preguntó qué diría su marido, si supiese lo que sucedía realmente. Debía de estar ignorante de lo que sucedía... o tal vez era un hombre muy liberal.

Ella le sonrió abiertamente. Daniels contestó con un gesto análogo, a la vez que se descubría cortésmente. Empezó a pensar en la conveniencia de concertar una cita con aquella ardiente mujer.

Segundos más tarde, entraba en la taberna. Lawson llenó en el acto una jarra de cerveza.

—Hay muchos rumores en la población —dijo el tabernero.

—¿Sí?

—Nadie sabe de qué ha muerto Millicent Strowe. Era una mujer joven, robusta, con una salud de hierro... De pronto, empezó a declinar y, ya ve, en dos semanas, al cementerio.

—Hay un médico en Pearlville, creo —dijo Daniels.

—Sí, y bastante competente, todo hay que decirlo. Pero todos sus esfuerzos han resultado inútiles. Millie se ha ido al otro mundo, de la misma enfermedad que la otra, Rebecca Hillings.

—Matt, no irá usted a decirme que cree en hechizos y brujerías, ¿eh? —rezongó el joven.

—Yo, no, por supuesto. Pero no puedo impedir que los demás lo crean. Y, se lo aseguro, se está formando un estado de opinión muy malo contra la señorita Urschel. Si yo estuviese en su pellejo, me marcharía una temporada del pueblo.

—¿Y no cree que eso sería como una especie de aceptación de su culpabilidad?

—Puede, pero si la gente se subleva, hay riesgo de que ocurra algo grave. Luego, ya se sabe: interviene la policía, pero el tiempo empieza a pasar y las cosas se van olvidando... y todo acaba con unos pocos años de cárcel para un par de infelices, suponiendo que alguien resulte condenado.

—Sí, en estos pueblos, los estallidos de fanatismo pueden resultar sangrientos —convino el joven. Miró fijamente al tabernero—. Matt, ¿puedo confiar en usted?

—¿De qué se trata? —preguntó Lawson.

—Mowatt suele venir, a veces, a tomarse una copa.

—Sí, aunque no con demasiada frecuencia...

—Cuando venga, retire su copa disimuladamente. No la toque, no limpie el vidrio. Si es una copa, tómela usted por el péndulo. ¿Entendido?

Lawson sonrió maliciosamente.

—Acerté —dijo.

—¿Va a delatarme?

—¿Por quién me ha tomado? —Gruñó el tabernero—. Cuando la policía envía a un tipo como usted, es porque se trata de algo realmente importante. Usted no estaría aquí por un vulgar robo, me parece.

—Es usted muy listo, Matt. Cuando tenga la copa, llame a la Casa Alta. ¿Suele pedirle ella bebidas?

—No es corriente, aunque a veces le he enviado algunas botellas. Siempre resulta útil tener algo para obsequiar a posibles invitados.

—Bien, entonces, llame y diga que al día siguiente enviará el pedido.

—¿Nada más?

—Yo vendré esa misma noche y llamaré por la puerta trasera —sonrió Daniels.

Erdninger entró en aquel momento y se acercó al mostrador.

—¿Puedes fiarme una copa, Matt?

Lawson vaciló. Daniels puso un billete sobre la barra.

—Yo invito —sonrió—. Sírvale lo que desee, Matt.

—Gracias —dijo Erdninger—. Es usted muy amable.

—Ha sido un placer —se despidió el joven.

Un poco más adelante, vio a Sara, que venía en dirección contraria, con algunos paquetes en las manos. Uno de los paquetes cayó repentinamente al suelo. Ella flexionó las rodillas, pero Daniels llegó antes.

—Muchas gracias, es usted muy galante —dijo Sara.

—Podría demostrárselo de otra manera mejor que recogiéndole un paquete caído en el suelo —murmuró Daniels audazmente.

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Tal vez —contestó. Se incorporó y continuó andando, con su característico meneo de caderas.

Cuando llegó a la Casa Alta, Emily le recibió con los gruñidos de costumbre.

—Ya ha estado empinando el codo, ¿eh? Huele que apesta...

—Emily, por Dios, sólo tomé una jarra de cerveza —protestó el joven.

—Y, además, estuvo hablando con esa zorra de Sara Mitchunn. Tenga cuidado con ella, está casada.

—Oiga, ¿no cree que debe ser su marido el que ha de tener cuidado? —respondió Daniels jovialmente.

—Juventud insolente —farfulló la sirvienta.

Bruna le salió al paso, cuando el joven se retiraba a su alojamiento.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó.

Daniels hizo un gesto ambiguo.

—No demasiado, pero esta clase de trabajos no se hacen jamás en un día —contestó.

—Empiezo a ponerme nerviosa. Y ello influye en el rendimiento de mi trabajo.

—¿Por qué no se toma unas semanas de vacaciones? Le sentarían bien, se lo aseguro.

—No puedo. Me dieron un plazo para realizar las pruebas de laboratorio y he de ajustarme a él, si quiero seguir conservando el empleo.

—Vaya, van a despedirla porque fracase —se asombró Daniels.

—No, pero me relegarían a un puesto secundario. Y creo que puedo tener mi orgullo profesional.

—Eso sí es cierto —sonrió el joven—. Buenas noches, señorita Urschel.

—Buenas noches, Hugo.

Daniels despertó sobresaltado pasada la media noche. Algo ocurría en el exterior. Se oían voces y gritos. Vistióse precipitadamente y, con la pistola en la mano, se precipitó fuera del cobertizo.

«Shackoo» ladraba furiosamente. Daniels dio la vuelta a la casa y se detuvo en seco.

En la explanada, frente a la puerta y a unos veinte metros de distancia, ardía un monigote que semejaba vagamente una mujer desnuda. El monigote pendía de un palo hincado en el suelo. Las llamas eran provocadas por unas cuantas tablas, procedentes de cajones viejos y, por tanto, de fácil ignición. Pendiente del cuello del monigote, había un cartel burdamente pintado:

¡ASI ARDERAS, BRUJA!

De repente, Daniels oyó un grito de furor. Bruna se precipitaba fuera de la casa, cegada por la cólera, con un palo en las manos, dispuesta a derribar el muñeco, que ya empezaba a arder por los pies. Daniels corrió hacia ella y, sujetándola por la cintura, la hizo retroceder a viva fuerza.

—No sea imprudente —dijo furioso—. Es quizá lo que buscan...

Apenas había hablado, sonó un fuerte estampido. Arriba, Emily chilló asustada.

Sonaron varias detonaciones más. Daniels se había arrojado al suelo, arrastrando a la muchacha consigo. Al oír los estampidos, comprendió que se trataba de vulgares petardos de feria. Aun así, prudente, dejó pasar algunos minutos, hasta tener la seguridad de que no iban a producirse más explosiones.

Al cabo de un rato, se puso en pie y alzó casi en vilo a la joven. Bruna sollozaba amargamente.

Daniels la condujo hasta el interior. Emily había bajado del primer piso y estaba enfurecida.

—Esos bastardos...

—Haga café —ordenó el joven—. Ella está necesitando un estimulante.

Sentada en una silla, Bruna tenía la cara oculta en las manos.

—¿Por qué, por qué me hacen esto? —gimió.

Daniels se inclinó hacia ella.

—Sea valerosa —dijo—. No podrán con usted.

—Son muchos, todos piensan que soy una bruja malvada, a la que deben quemar en una hoguera...

—Nadie se atreverá a tocarle un solo cabello —aseguró Daniels rotundamente—. El que lo intentase, créame, lo pasaría muy mal.

También él se sentía furioso, porque no acababa de comprender los motivos por los cuales alguien azuzaba a la gente del pueblo contra Bruna. Pero quizá, se dijo, había un medio para conseguir algún progreso.

* * *

Por la tarde, una vez más, bajó al pueblo a tomar su habitual jarra de cerveza en la taberna de Lawson. Fue un viaje inútil. No pudo ver a Sara Mitchunn, ni Mowatt había entrado en el local. Sin desanimarse, charló un rato con Lawson y luego con Erdninger, quien pareció olfatear su presencia y aceptó de buen grado un par de copas pagadas por el joven.

—Parece un hombre excelente —dijo Erdninger, después de que Daniels hubo abandonado la taberna—. Está empleado en la Casa Alta, creo.

—Sí, la dueña le dio trabajo.

—Lo habrá embrujado —rió el sujeto.

—James, si vuelves a hablar así de esa señorita, te romperé una botella en la cabeza —gruñó Lawson—. Guárdate tus asquerosos comentarios para otro sitio. Aquí no te permito que la insultes, ¿entiendes?

Erdninger escupió desdeñosamente a un lado.

—Es una bruja —dijo. Eructó ruidosamente y se marchó.

Daniels regresó al día siguiente. Vio de lejos a Sara y aceleró el paso. Entró en el almacén apenas treinta segundos después de ella y se acercó al mostrador.

—No lo tengo a mano —decía el comerciante en aquel momento—. Voy a ver si me queda algo adentro...

—Gracias, señor Butler —dijo Sara.

Daniels se puso un cigarrillo en los labios. Sara le miró de reojo.

—Me gustaría probarle mis dotes de hombre galante —dijo él, con todo desenfado.

—¿Por qué no?

—Dígame dónde y cuándo, eso es todo.

Sara vaciló un instante.

—¿Esta noche?

—¿Y su marido?

—No se preocupe por quien no es más que un vegetal con piernas —contestó Sara despectivamente—. Después de cenar, se tomará media botella y dormirá como un cerdo.

—Lo tiene bien comprobado, ¿eh?

—Son seis años de soportar a un imbécil...

—Ya. ¿Dónde, cuándo? —insistió él.

—Hay un pequeño prado, hacia el sudeste. Es una meseta sobre el río. Verá tres grandes rocas. A partir de las once.

—Está bien.

El comerciante salía en aquel momento, enseñando las manos vacías.

—Lo siento, Sara; he de esperar que me sirvan el pedido —manifestó.

—No se preocupe, señor Butler.

Sara hizo una ligera inclinación dirigida al joven y se encaminó hacia la puerta. Entonces, Daniels pidió un cartón de cigarrillos, pagó el importe y se volvió de nuevo a la Casa Alta.

* * *

—Tú trabajas con Bruna Urschel —dijo Sara aquella misma noche.

—Estoy pintándole la casa. Cuando termine, tendré que irme, en busca de un nuevo empleo. ¿Y tu marido? —preguntó él.

Sara soltó una risita.

—Duerme como lo que es, un leño —contestó—, A veces, claro, tengo que ayudarle un poco.

—¿Narcótico?

Ella le mordió el labio inferior.

—No seas curioso —pidió—. Dime, ¿te parece una bruja?

—¿Quién, Bruna?

—Claro, no hay otra en el pueblo.

—Yo tío creo en brujas, Sara.

—Ella lo es, Hugo.

—¿Cómo puedes afirmar una cosa semejante?

—Dos mujeres han muerto, jóvenes y guapas —contestó ella—. El doctor Lorenz no sabe de qué murieron. Si eso no es brujería...

—Pero, suponiendo que lo fuese —dijo Daniels, sin dejar de acariciar los redondos pechos de la mujer—, ¿por qué iba a querer matarlas?

—Bueno, la estorbaban, ¿no te parece?

—¿Que la estorbaban... en qué, Sara?

La mujer pareció vacilar un momento. Luego, de pronto, dijo:

—No hagas caso; son figuraciones mías.

Volvió a besarle apasionadamente.

—No henos venido aquí para hablar de otros —añadió.

Estaban desnudos, sobre una manta que Sara había sacado de un hueco situado entre las piedras indicadas por la tarde. Seguramente, no era la primera vez que iba allí a encontrarse con un hombre. Pero a Daniels no le importaba en aquellos momentos.

Sara poseía un ardor singular, una sensualidad desatada, como Daniels había visto pocas veces. Durante unos minutos, se sumieron en un

ininterrumpido éxtasis de pasión, ajenos por completo a cuanto sucedía a su lado. Luego, relajados, quedaron tendidos el uno junto al otro, Sara con la cabeza apoyada en el desnudo pecho de! hombre.

CAPITULO IX

Al cabo de un rato, Daniels empezó a pellizcar uno de los rosados pezones, Sara soltó una risita.

—Quieto, tipo fresco —dijo.

—¿Cómo puedo aguantarme, con una mujer como tú al lado?

La luna iluminaba el blanco cuerpo de Sara, sin el menor velo. Daniels la mordió en una oreja.

—Oye, ¿es cierto que Mowatt pretendía a miss Urschel? —preguntó súbitamente.

Sara se incorporó sobre un codo.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó vivamente.

—Todos los días bajo a la taberna, a tomarme una jarra de cerveza. Siempre se oyen cosas.

Ella entornó los ojos.

—Esa zorra no ha sabido digerir su fracaso —murmuró.

—¿Cómo?

—Trató de cazar al señor Mowatt, pero éste no le hizo el menor caso. A Mowatt no le gustaba ella, una pobretona, que no tiene dónde caerse muerta...

—Es propietaria de una casa muy bonita —dijo él.

—Hipotecada hasta el tejado.

—Vaya, no lo sabía. De modo que Mowatt no quiso...

—Además, es muy estirada, una mujer terriblemente antipática. Seguramente, es frígida.

—Si es frígida, no se concibe que quisiera conquistar a Mowatt.

—Bueno, eso no importa demasiado. Ella hubiera hecho todo lo que él hubiese deseado, una vez casados, ¿comprendes?

—Sí, desde luego.

Daniels se preguntó si Sara sabía lo que estaba diciendo o repetía algo que alguien había dicho en su presencia, para que lo divulgase en sus momentos de chismorrería con otras vecinas de Pearlville. Presentía que era más lo segundo que lo primero. Mowatt, fingiéndose desinteresado o incluso desdeñoso hacia Bruna, pretendía conseguir exactamente lo contrario de lo que sostenía ante otras personas.

De repente, Sara lanzó un gemido y se llevó las manos al estómago. Daniels se alarmó.

—¿Qué te pasa?

Ella no contestó, Levantándose bruscamente, se separó unos pasos y se inclinó hacia adelante. Daniels oyó los ruidos característicos de un vómito,

—Diablos, Sara —dijo, a la vez que se acercaba para socorrerla—. ¿Estás embarazada?

—No —contestó ella de mal talante—. La cena... algo me ha sentado

mal...

Regresó junto a las rocas y buscó entre sus ropajes, un pañuelo, con el que se limpió los labios. Luego dirigió una mirada lastimera al joven.

—No me encuentro muy bien —manifestó.

—¿Quieres que te acompañe? —sugirió Daniels.

—Gracias, creo que Regaré yo sola.

Sara se vistió precipitadamente y echó a andar hacia el pueblo. Daniels, muy preocupado, regresó a su alojamiento.

Al día siguiente, cuando almorzaba, oyó a Emily cierto comentario sobre unas botellas que Lawson debía enviar a la casa. Emily añadió que le había dicho al tabernero que no necesitaban sus malditos brebajes para nada. Bruna dijo que era ella la que había encargado las bebidas y que aceptase el encargo cuando lo trajeran.

Más tarde, la joven buscó a Daniels.

—Usted me advirtió de la llamada de Lawson, pero no explicó qué significaba —manifestó.

Daniels sonrió, mientras seguía moviendo el pincel arriba y abajo.

—Tengo que entrevistarme con Lawson —contestó.

—Pero habrá gente...

—Iré cuando todo el mundo duerma.

—Creo que empiezo a comprender la verdad. Ha conseguido que Lawson se ponga de su lado.

—Algo por el estilo —respondió él evasivamente.

Por la tarde, Emily, que había bajado al pueblo a buscar el correo para Bruna, regresó con una noticia singular.

—Sara Mitchunn está enferma. El doctor Lorenz ha ido a visitarla y asegura que no será nada, que en pocos días se pondrá como nueva. Pero yo he oído a una de sus amigas, que la ha visitado hoy mismo, decir que Sara está muy pálida, sin color...

Daniels frunció el ceño al escuchar aquellas palabras.

Sara era una mujer joven, ardiente, voluptuosa, como lo habían sido la señora Hillings, muerta a los treinta años, y Millicent Strowe, fallecida a los veintisiete. ¿Iba a producirse la tercera muerte de una mujer hermosa y en la flor de la edad?

Empezó a sospechar en la posibilidad de un envenenamiento. Pero, si era así, ¿cómo no sospechaba nadie? ¿Qué remedios aplicaba el doctor Lorenz, que luego resultaban ineficaces?

Tenía que hacer algo, y sin tardanza de tiempo, se dijo.

Buscó a Bruna.

—Necesito su ayuda —dijo.

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Venga conmigo, por favor.

Un minuto más tarde, salían de la casa. Daniels la guió hacia el viejo

roble y le señaló el hilo telefónico interrumpido. Luego tendió la mano hacia unos arbustos cercanos.

—Escóndase ahí —ordenó—. Si viniera alguien a hacer un empalme de la línea, no haga nada, no se descubra.

Le entregó su pistola.

—Está cargada —añadió—. Mire, esto es el seguro. Si viene alguien, dispare un par de tiros al aire. El bosque es muy espeso. Corra inmediatamente y ocúltese. Yo oiré los tiros y podré colgar el teléfono en el acto. ¿Lo ha comprendido?

—Sí. La pistola... me da miedo...

—No tiene que disparar contra nadie, simplemente, dar la alarma y escapar, aunque no se fije en el tipo que venga a hacer el empalme. Pero le verá, de todos modos.

Consultó su reloj.

—Dentro de una hora, máximo, retroceda un poco a un sitio desde el que pueda verse su casa. Le haré señales para avisarle que ya he terminado de hablar por teléfono.

—De acuerdo.

Daniels puso una mano sobre el brazo de la muchacha.

—Sea animosa —dijo—. Todo saldrá bien.

Un cuarto de hora más tarde, estaba hablando con su jefe.

—Necesito urgentemente informes sobre cierto médico que reside en Pearlville —pidió—. El nombre es Jakob Lorenz, unos cincuenta y cinco años, pelo casi blanco, ojos azules, un metro setenta y setenta y cinco kilos de peso. Tiene una pequeña cicatriz en el pómulo izquierdo.

—Ese no puede ser Turpeen —dijo Rothermere, amostazado.

—Lo sé, pero en Pearlville están ocurriendo cosas muy raras y pienso que pueden estar relacionadas con nuestro hombre. Por favor, investigue cuanto antes; es muy urgente.

—De acuerdo, te llamaré por teléfono...

—No, yo le llamaré a usted. ¿Mañana?

—Está bien. ¿Nada sobre Turpeen?

—Esta noche examinaré las huellas dactilares de un sospechoso. Por ahora, eso es todo.

No hubo interrupción en el diálogo telefónico. En el momento acordado, Daniels hizo la señal convenida.

Bruna llegó poco más tarde.

—Nadie se acercó al roble —informó.

—Si pudiera echarle mano al tipo que hizo la derivación... —murmuró Daniels pensativamente. Meneó la cabeza— pero estas cosas, me parece que ya se lo dije, no son cosa de un día.

A la noche, pensó, podría haber dado un gran paso.

* * *

Lawson permanecía expectante, en silencio, mientras el joven, con ayuda de una lupa, comparaba lenta y cuidadosamente las huellas de la jarra con las de la tarjeta que le había entregado Red Walter. Sobre las huellas impresas en la copa, había esparcido el polvo de grafito obtenido de una mina de lápiz, mediante la ayuda de una simple cuchilla de afeitar. Lawson, por su parte, le había señalado los puntos de la copa, que había tocado con su mano, después de que Mowatt hubiera terminado de beber.

—Pero antes de entregársela, la limpié con todo cuidado —había dicho—. Hice exactamente lo que usted me indicó...

Pasado un buen rato, Daniels, desanimado, levantó la cabeza. Lawson adivinó el resultado negativo de la operación.

—No es él —dijo.

Daniels meneó la cabeza.

—Las diferencias son demasiado claras, incluso para un profano. Si quiere comprobarlo usted mismo...

—No, gracias, confío en su palabra. Pero ¿por qué sospecha de Mowatt?

—Andamos detrás de un tipo muy peligroso. Hemos llegado a saber que se refugió en Pearlville. Pero hace casi un año, se hizo la cirugía estética en la cara.

—Oh, ya comprendo.

—Las huellas, en cambio, no se pueden disimular. Aunque se hiciera injertos de piel en las yemas de los dedos, con el tiempo, vuelven a salir idénticas en un todo a las que adquirió en el momento de su nacimiento.

—Vaya —dijo Lawson—, eso de tener a un tipo con la cabeza puesta a precio en el pueblo no resulta muy agradable.

—Aquí no hará nada; le conviene pasar desapercibido.

Lawson se rascó la cabeza.

—Pues... la verdad, no se me ocurre quién pueda ser... —De pronto, miró al joven—. Ya sabe lo de Sara Mitchunn, supongo —añadió.

—Sí.

—Los rumores son muy insistentes, terriblemente dañinos para esa pobre chica.

—Me lo imagino. Pero, sinceramente, ¿por qué el doctor Lorenz no es capaz de descubrir la enfermedad tan misteriosa?

—No lo sé; yo no soy médico...

—Matt, por muy malo que sea un médico, hay ciertos síntomas de envenenamiento que no puede ignorar —dijo Daniels.

—¿Cómo? ¿Cree que esas mujeres fueron envenenadas?

—Dos, eran jóvenes, guapas... lo mismo que Sara, que empieza a padecer los mismos síntomas de enfermedad. Matt, sólo en un pueblo de ignorantes se puede envenenar a la gente, sin que nadie recele y, en cambio, lo achaque a brujería.

—Oh, Dios mío, no puedo creer tal cosa del doctor Lorenz. Lleva aquí bastantes años; siempre fue persona atenta, amable, dispuesto a asistir a cualquiera, rico o pobre, a todas horas... El no es, no puede ser un asesino...

—¿Y si le obliga alguien a cometer esos asesinatos?

—¿Por qué razón habrían de forzarle a una cosa tan criminal?

—Matt —el joven se puso en pie—, ¿ha oído mencionar alguna vez la palabra chantaje?

Lawson inspiró con fuerza.

—Pudiera ser —convino.

—Y, con esa supuesta enfermedad incurable, Bruna Urschel es acusada de brujería, porque todas las afectadas por esa dolencia eran jóvenes y guapas. Créame, alguien quiere mal a esa encantadora joven y está buscando la forma de provocar el estallido, para vengarse de ella.

—Pero ¿quién es el que ha ideado un plan tan diabólico?

Daniels meditó unos instantes.

—Quizá, mañana, empiece a tener las respuestas a muchos de los enigmas que todavía me quedan sin resolver —dijo al cabo, pensando en los informes que su jefe podría obtener del doctor Lorenz.

CAPITULO X

Cuando se levantó por la mañana, al día siguiente, fue a la cocina. Emily estaba ausente y no le pareció discreto prepararse el desayuno por sí mismo. Sin embargo, vio la cafetera al fuego y se sirvió una taza. Cuando se retiraba del hornillo, notó un sonido extraño bajo sus pies.

Parecía como si hubiese un hueco debajo del suelo de la cocina. Intrigado, dejó la taza a un lado y se arrodilló. Parte del pavimento era linóleo, situado bajo la mesa casi todo. Pero había una ranura en las tablas.

Curioso, apartó la mesa a un lado y levantó el linóleo. Entonces aparecieron ante sus ojos los contornos de una trampilla, cuadrada, de metro y medio de lado. Incluso tenía un asa, empotrada parcialmente en un hueco practicado al efecto en una de las tablas, que no tenía menos de tres centímetros de espesor. La curiosidad le hizo levantar la trampilla. Un negro hueco quedó a la vista y sintió cierto olor a humedad, junto con una ligera corriente de aire.

Para asombro de Daniels, no había un sótano, como calculó en un principio, sino que se trataba de un pozo, cuya profundidad no podía apreciar, debido a la oscuridad que reinaba en su interior. Pensó que podría haber agua en el fondo; tal vez se trataba de una cisterna de antiquísima construcción, pero la corriente de aire desechó bien pronto tal hipótesis. El pozo tenía alguna comunicación con el exterior, aunque debía de hallarse muy abajo, posiblemente en el fondo.

Asimismo vio los peldaños de una escalera de metal, independientes, encastrados en la pared de roca. Levantándose, fue a un anaquel y eligió un vaso, que llenó de agua, a fin de conferirle más peso. Volvió a situarse junto al pozo, alargó la mano y, lentamente, abrió los dedos.

El vaso cayó a plomo. Daniels calculó por el sonido del impacto el tiempo empleado en la caída. La distancia no era inferior a los cuarenta metros, la misma que había en el escarpado que daba al río.

De súbito oyó una voz áspera, irritada:

—¿Qué diablos hace ahí, señor curioso? ¿Quién le dio permiso para mirar donde no debe?

Daniels se puso en pie. Emily estaba frente a él, en jarras, con los ojos inflamados por la cólera. Debajo del mentón y en la parte inferior de las mejillas, se veía una pasta blanquecina, como si la sirvienta usara alguna crema cosmética y no se hubiese limpiado bien el rostro después de levantarse.

—Dispense, señora Penton —dijo humildemente—. Usted no se encontraba en la cocina y yo capté ruido de cosa hueca... No pude resistir la curiosidad y... Oiga —exclamó de pronto—, ¿le han dicho alguna vez que tiene el cutis muy fino?

—Déjese de halagos, señor desvergonzado, y cierre eso

inmediatamente. Si vuelve a meter las narices donde no debe, pediré a la señorita Bruna que lo despida.

—Eso no tiene ninguna importancia, Emily. El señor Daniels es hombre discreto y no contará a nadie lo que ha visto. ¿No es cierto, Hugo?

Daniels volvió la vista hacia la muchacha, que se hallaba en el umbral de la cocina.

Sonriendo ligeramente, Bruna añadió:

—Parece ser que en tiempos hubo contrabandistas por la región. Al pie del escarpado hay un túnel que comunica con este pozo, aunque ahora está casi cegado por los escombros, ya que hace muchos años que no se utiliza. Mi padre conocía la historia, que le contaron cuando compró la casa, y él, a su vez, me la relató a mí.

—Bueno, yo no quería molestar... Siento haberla ofendido, señora Penton.

—Lo mejor será que se ponga a trabajar cuanto antes —refunfuñó la sirvienta.

—Pero déle antes el desayuno, Emily —indicó Bruna—. Y termine de limpiarse, por favor.

—Sí, señorita.

Más tarde, Daniels y Bruna sostuvieron una breve conversación.

—Esta tarde bajaré al pueblo —dijo él—. Voy a ver si procuro enterarme del tratamiento que el doctor Lorenz está aplicando a la señora Mitchunn.

—¿Sospecha que puede tratarse de un envenenamiento? —preguntó Bruna, sumamente aprensiva.

—Lo único que le diré es que por nada del mundo tomaría una medicina prescrita y, probablemente, elaborada por el propio doctor Lorenz.

* * *

El hombre hablaba con el doctor Lorenz en la puerta de su casa. Asaph Mitchunn parecía terriblemente preocupado.

—Saldrá adelante —aseguró Lorenz—, Ella es fuerte, robusta...

—Lo mismo dijo usted de Rebecca y de Millicent y ya ve, están muertas. Contra la brujería, no hay remedios posibles —dijo Mitchunn hoscamente.

—Eso son tonterías —gruñó el médico—. No hay brujas...

—Desde aquí veo la casa de la bruja. Un día iremos allí y la quemaremos viva.

—Basta, Asaph, no quiero oírte más sandeces. Lo único que tienes que hacer es darle a Sara la medicina en las dosis prescritas y a las horas señaladas. ¿Entendido?

—Sí, doctor, así lo haré —contestó el hombre humildemente.

Lorenz se alejó, mientras Mitchunn volvía a su casa. Un momento

después, Mitchunn oyó que alguien llamaba a la puerta.

Abrió, Había dos hombres ante la entrada. Uno de ellos era conocido suyo.

—Hola, Matt —saludó—. Si vienes a preguntar por mi mujer, te diré que no da señales de mejorar. Yo diría que se siente peor que el día en que se metió en la cama

Lawson asintió.

—Lo lamento de veras. Escucha, Asaph, este es Hugo Daniels. Entiende bastante de medicina —mintió—. Casi terminó la carrera, pero no pudo graduarse, aunque luego estuvo empleado muchos años como ayudante de laboratorio.

Mitchunn volvió los ojos inquisitivamente hacia el joven.

—¿Qué es lo que pretenden? —exclamó.

—El doctor Lorenz ha prescrito algún medicamento para su esposa —dijo el joven.

—Sí, unos polvos que he de darle dos veces al día, con caldo o leche, en una cantidad determinada... Precisamente, ahora iba a llevarle un tazón de leche.

—¿Lo tiene ya preparado? —preguntó Daniels.

—Sí.

—Déjeme probarlo, señor Mitchunn.

—Pero...

—Asaph, haz lo que te dice mi amigo —terció Lawson.

—Está bien, entren.

La casa era modesta y se advertía en ella la confusión procedente del hecho de hallarse en cama la persona que ordinariamente cuidaba de la limpieza. Mitchunn los llevó hasta la cocina, en la que se veían numerosos cacharros sin fregar, y señaló un tazón situado sobre una bandeja.

Daniels cogió el tazón y probó la leche con la punta de la lengua. Casi al instante, escupió en el fregadero.

—Es una medicina muy amarga —dijo Mitchunn.

Daniels vació el tazón.

—Pero ¿qué hace? ¿Se ha vuelto loco? —gritó el hombre.

—Asaph, si quiere a su esposa, no le dé esa medicina ni otra que pueda recetarle el doctor Lorenz —dijo Daniels enérgicamente—. No le dé absolutamente ninguna medicina; eso solo bastará para curarla. Vámonos, Matt.

Desde la puerta, Lawson dijo al atónito Mitchunn:

—Haz lo que te dice mi amigo Daniels; él sabe lo que se hace.

Salieron a la calle, Daniels dio las gracias al tabernero.

—No tiene ninguna importancia —dijo Lawson—. Pero ¿cómo diablos ha sabido que era veneno?

—Sólo una persona ignorante cree que la mejor medicina para curar es la que tiene un sabor amargo... exactamente igual que el arsénico.

Lawson abrió la boca, estupefacto.

—Demonios... Eso significa que el doctor Lorenz...

—Hay dos cadáveres, a los que será preciso practicar la autopsia —manifestó el joven sombríamente—. Pero, por el momento, se lo ruego, Matt; no divulgue la noticia.

—Váyase tranquilo, muchacho.

Lawson regresó a su taberna. Erdninger estaba apoyado en el mostrador.

—Te he visto con el peón de la Casa Alta —dijo.

—Sí, hemos ido a preguntar a Mitchunn por el estado de su mujer.

—Morirá. Ella la ha embrujado.

Lawson sintió deseos de saltar al cuello del sujeto, pero logró contenerse.

—Si tienes dinero, te pondré de beber —dijo insultantemente.

Erdninger se echó a reír.

—Tengo «pasta», si es eso lo que te preocupa —contestó. Y dejó un par de billetes sobre el mostrador—. Anda, llena un vaso.

Mientras, Daniels llegaba a la casa donde residía el médico. Lorenz abrió la puerta a los pocos momentos.

—Si es algo urgente, tendrá que demostrarlo —gruñó el galeno—. Estoy muy fatigado...

—¿Por qué un paciente ha de demostrar al médico que está enfermo? —preguntó Daniels con sorna. Suavemente, empujó a Lorenz hacia el interior de la casa y cerró la puerta—. Doctor, ¿desde cuándo el arsénico puede curar a una persona?

Lorenz oyó aquellas palabras y se puso espantosamente pálido, a la vez que empezaba a temblar como un azogado.

* * *

Sonó el teléfono. Bruna estaba repasando unos apuntes y levantó el aparato.

—¿Sí?

—Usted es Bruna Urschell —oyó la muchacha una voz de tonos graves.

—Sí, señor.

—Soy Rothermere. Seguramente, ha oído mi nombre. Por favor, llame a Hugo. Dijo que me llamaría, pero me he cansado de esperar y es urgente.

—Oh... Lo siento, señor Rothermere; el señor Daniels no está en casa ahora. Y lo peor es que no puedo decirle cuándo volverá.

Al otro lado de la línea sonó una interjección.

—Bien —siguió Rothermere—, Hugo dijo que podía confiar en usted. Cuando vea a Hugo, dígale que el verdadero nombre de Jakob Lorenz es

Lason Lerner. Está reclamado por dos asesinatos, el de su esposa y su cuñada, pero hace años que desapareció sin dejar rastro.

—¡Dios mío! —Se aterró la muchacha—. Un hombre tan bueno, convertido en asesino...

—En su descargo, podría decirse que se casó con un arpía y que su cuñada era aún peor. Pero en estos casos, siempre queda la solución del divorcio. Y si ella no quiere, entonces uno lía el petate y se marcha de casa, sin molestarse en cerrar la puerta. Lorenz, es decir, Lerner, no lo hizo así y ahora tendrá que pagar por sus crímenes.

Bruna se sentía terriblemente impresionada.

—Se lo diré en cuanto le vea, señor Rothermere —prometió.

—Gracias, señorita Urschell.

El teléfono volvió a su sitio. Bruna se mordió los labios. Daniels estaba todavía en el pueblo. ¿Debía ir en su busca?

Ya se había hecho de noche. Dadas las circunstancias, se sintió un tanto aprensiva. Prefería aguardar en casa el regreso de Hugo. Estaba mucho más segura.

CAPITULO XI

Abrumado, Lorenz se había derrumbado sobre una silla.

—¿Có... cómo lo ha sabido? —preguntó, con un hilo de voz.

—Primero, dígame por qué lo hizo —exigió Daniels severamente.

—El... me lo ordenó...

—¿El? ¿Quién? ¿Turpeen?

Lorenz alzó la cabeza vivamente.

—No conozco a ese individuo —manifestó

—Entonces, por el amor de Dios, dígame su nombre.

—Me matará...

Daniels apreció que el médico se sentía aterrado. Alguien ejercía sobre él una presión inhumana. La posibilidad de! chantaje se hacía cada vez más sólida. Era ya, prácticamente, certidumbre.

—Diga ese nombre. Alguien podrá exigírselo con toda autoridad —insistió.

Lorenz se tapó la cara con las manos.

—No sé cómo llegó a saberlo... Es un verdadero demonio. Me amenazó con revelar mi secreto... Lo confieso, fui débil...

De súbito, Daniels pensó en un nombre.

—Mowatt.

Lorenz asintió en silencio. Ahora comprendía muchas cosas. Empezó a pensar en las causas ocultas que habían convertido al médico en un asesino.

De pronto, creyó recordar un suceso ocurrido años antes. Un tal doctor Jason Lerner había asesinado a su mujer y su cuñada y desaparecido posteriormente, sin que nadie hubiese sido capaz de dar con su rastro.

—Usted es Jason Lerner —acusó.

El médico asintió nuevamente.

—Era una carga insoportable... —De pronto, se puso en pie—. No lamento la muerte de mi mujer, que era una bruja, lo mismo que su maldita hermana... Pero aquí fui cobarde... Era un puesto tranquilo, apacible, a pesar de la ignorancia de sus gentes. Hasta que Mowatt, no sé cómo, averiguó mi secreto y vino a buscarme. Dijo que Rebecca Hillings debía morir... y cedí como un miserable, lo mismo que con Millicent Strowe...

—Por fortuna, Sara Mitchunn se salvará. He dicho a su esposo que no le dé ninguna medicina. Ella eliminará el veneno por sí sola, ¿no es cierto?

—Sí.

Daniels dudó. Ahora debería arrestar a Lerner, pero se sentía perplejo. Alguien debía vigilarlo, mientras él iba a buscar a Mowatt.

Inmediatamente, pensó en Lawson. Buscó el teléfono y llamó a la taberna.

—Matt, venga inmediatamente a casa del doctor Lorenz. Tiene que quedarse con él hasta que yo regrese.

—Está bien.

Daniels salió a la puerta de la casa. A los pocos segundos, divisó la maciza silueta del tabernero. Avanzó a su encuentro y, repentinamente, sonó un estampido en el interior de la casa.

* * *

Bruna se sentía terriblemente inquieta. Daniels no daba señales de vida. Momentos antes, se había acordado de que podía encontrarlo tal vez en la taberna, pero al llamar por teléfono, Lawson le había dicho que no estaba allí. Bruna le pidió que le hiciera volver pronto a casa, ya que tenía una noticia muy importante que darle. Lawson prometió hacerlo así.

Pero Daniels no daba aún señales de vida ni había llamado desde la taberna. Un tanto inquieta, abandonó el despacho, cruzó el vestíbulo y se asomó al exterior.

Cerró la puerta maquinalmente y avanzó unos pasos. Desde allí podía ver perfectamente las luces del pueblo. Le pareció que había cierto movimiento de gente, aunque no hubiera podido asegurarlo. Y no sentía el menor deseo de curiosear con los prismáticos.

De pronto, presintió que no estaba sola.

Un helado escalofrío recorrió su espalda. De un modo extraño, sentía la presencia de una persona ajena a la casa cerca de ella.

Muy cerca, muy cerca...

Paso a paso, empezó a retroceder, sin perder de vista la explanada. De repente, cuando ya llegaba a la puerta, su espalda tropezó con algo blando.

Quiso gritar, pero no tuvo tiempo. Unas fuertes manos se cerraron sobre su cuello. Empezó a debatirse, pero bien pronto se dio cuenta de que todo esfuerzo sería inútil. El hombre era mucho más fuerte que ella. Percibió su respiración agitada y un ligero olor a transpiración, mezclado con perfume.

Súbitamente, se oyó un silbido en las inmediaciones.

Alguien llegaba a la casa, procedente del pueblo. Bruna recordó que Daniels tenía la costumbre de silbar cuando caminaba a pie. Al menos, lo hacía muchas veces.

El hombre también oyó el silbido y, soltándola bruscamente, echó a correr. Bruna, tambaleándose, con una mano en el cuello dolorido, salió al encuentro del joven.

—Hugo...

Daniels respingó.

—¡Bruna!

Corrió hacia ella y la alcanzó a tiempo de evitar que cayera al suelo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó ávidamente.

—Ha estado aquí... Me sorprendió por detrás y quería estrangularme...

Daniels puso un abrazo en la cintura de la joven y la condujo al interior de la casa. Una vez que estuvo sentada en una butaca, buscó el coñac

y llenó una copa.

—¿Puede hablar? —preguntó.

—Sí, aunque el cuello me duele todavía... Si llega a tardar un minuto más...

—Por fortuna, he llegado a tiempo. Lawson me dio su recado. ¿Qué sucede, Bruna?

—Me llamó Rothermere. Dijo que... el doctor Lorenz es Jason Lerner, asesino...

—El doctor Lorenz se ha pegado un tiro hace menos de una hora — dijo Daniels.

—Oh, no, no puede ser...

—He visto su cadáver —contestó él sombríamente—. Yo también había averiguado que era realmente Lerner y que estaba acusado de dos asesinatos. Aquí mató también a dos personas más. La tercera, por fortuna, salvará su vida.

—Me siento aterrada...

—Tiene motivos para ello, en efecto —convino Daniels—. Pero ya hablaremos luego de Lerner. Después de su suicidio, fui a casa de Mowatt. No estaba y, discretamente, busqué por la parte trasera. Encontré la derivación telefónica. Hoy estaba empalmada. Por eso subió aquí, para matarla antes de que pudiera darme el mensaje de Rothermere.

—Entonces, habrá oído también mi llamada a Law —No lo creo, porque debió salir hacia aquí apenas terminó usted de hablar con mi jefe. Lo que sucede es que no podía irrumpir en la casa pistola en mano; habría resultado demasiado ruidoso. Tuvo que buscar la forma más discreta de eliminarla a usted y eso le hizo perder un tiempo precioso. Además, rompí el cable por dos sitios y me llevé un buen rollo, de lo menos cincuenta metros, que luego tiré entre unos matorrales. Ya no podrá escuchar lo que se hable aquí por teléfono y, si intenta retirar la conexión, se dará cuenta de que ya lo sabemos.

—Pero a él no se le puede culpar de nada —dijo Bruna desalmadamente—. Ni siquiera yo podría acusarle de intento de asesinato. Nunca le tuve delante de mí; me sorprendió por detrás... Me sentía impaciente por su tardanza y salí al exterior de la casa...

—Era la ocasión que esperaba. Pero ¿por qué no hizo nada «Shackoo»? —se extrañó el joven.

—Cerré la puerta sin darme cuenta. Además, le he acostumbrado a ser demasiado manso y hasta se siente un poco miedoso de los ajenos, desde el día en que estuvo a punto de morir envenenado... Hugo, ¿por qué tuvo que cometer Lorenz esos asesinatos?

Las facciones del joven se contrajeron.

—El verdadero asesino es Mowatt, ya que forzó a Lorenz a envenenar a dos mujeres con arsénico, que el propio médico les suministraba como presunta medicina. Claro está, no mejoraban en absoluto y acababan por

morir. En dos semanas se puede enviar a una persona al infierno, sobre todo, si no se sospecha que está siendo envenenada.

—El arsénico tiene sabor amargo...

—Y los palurdos siguen en la creencia de que toda medicina con sabor amargo es la que mejor cura. Pero debe fijarse en que las dos primeras víctimas eran jóvenes y atractivas. Seguramente, fueron amantes de Mowatt y luego, para librarse de un estorbo, las hizo envenenar.

—Como Barba Azul.

—Sí, pero empleando, literalmente, un sicario. Sara Mitchunn también era amante de Mowatt.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque los vi en casa de él... y no quiero repetir lo que hacían.

Bruna se sonrojó vivamente.

—Sí, me lo imagino. Pero ¿las asesinó solamente para librarse de ellas?

—Hay algo más. Sara me dijo que usted había corrido detrás de Mowatt, pero que él la había rechazado y que por eso había embrujado a sus competidoras.

—¡Qué infamia! —Se indignó Bruna—. Fue él, quien me pretendía... Ya se lo dije, tuve que rechazar sus solicitudes... Además, también quería comprarme la casa...

—Quizá, en este asunto, esté la solución.

—¿Lo cree así?

Daniels se acarició el mentón.

—Tendré que hablar con Mowatt y poner las cartas boca arriba. Lo malo es que, aun siendo realmente el asesino, está limpio de toda culpa.

—¿Cuándo irá a verle, Hugo?

—Mañana, temprano. Le sorprenderé en su casa; es lo mejor en estas ocasiones. Conviene pillar frío al adversario. Ahora, quizá esté aguardándome y yo me encontraría en desventaja. Dejaré que pase la noche nervioso, inquieto, probablemente, desvelado. Pero, a la madrugada, el sueño, indefectiblemente, lo rendirá y...

Sonrió.

—Bruna, si quiere un buen consejo, tómese un sedante —añadió.

—No soy partidaria de los somníferos, aunque esta noche, quizá, haga una excepción.

—Se lo recomiendo —insistió él—. ¿Se encuentra mejor?

—Sí...

—Entonces, procure cenar. No haga que Emily se enoje por su falta de apetito.

Bruna sonrió.

—Seguiré sus consejos, Hugo —prometió.

* * *

El hombre se apeó del coche y entró en la taberna. Aunque las luces aparecían encendidas, el local estaba completamente desierto, a excepción de su dueño, que leía una revista, acodado en el mostrador.

Lawson alzó la vista y contempló a un hombre alto, delgado, de ojos penetrantes, hundidos en las cuencas, con el sombrero echado sobre la frente. El tabernero hubiera jurado que aquel sujeto llevaba una pistola escondida bajo la chaqueta.

—¿Señor? —dijo, cortés.

—Póngame un trago —pidió el recién llegado—. Oiga, ¿qué pasa aquí? —exclamó, sorprendido—. Este pueblo parece muerto.

—Aquí, la gente se acuesta temprano, señor —explicó Lawson, mientras inclinaba la botella sobre el vaso que acababa de poner sobre el mostrador—. ¿Algo más, señor?

El forastero levantó el vaso y lo contempló al trasluz.

—Estoy buscando a un amigo —manifestó—. Es un poco más bajo que yo, algo chupado de cara y de cejas muy rubias. —Sacó una fotografía del bolsillo y se lo enseñó al tabernero—. ¿Lo conoce?

—¡Caramba, sí, señor! —Exclamó Lawson—. Es James Erdninger...

—¿Sabe dónde vive?

—Salga de aquí, vaya a mano izquierda y pase al otro lado de la calle. Detrás de todas las casas, hay una en muy mal estado. Aunque está cerca de las demás, queda aislada. La verá en seguida, señor...

Un billete de cinco dólares cayó sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta —dijo el forastero con helado acento.

Lawson no había visto jamás un sujeto semejante. Erdninger, se dijo, lo iba a pasar muy mal.

Preocupado, salió a la calle. El desconocido tenía razón. No se veía un alma fuera de las casas. Y lo más curioso de todo era que ningún cliente había acudido a su local después de las ocho de la noche. ¿Qué diablos pasaba en Pearlville?, se preguntó.

Mientras tanto, el desconocido, había llegado a la casa indicada por Lawson. No se veían luces en las ventanas. Se acercó a la puerta, tanteó con la mano izquierda y halló que no estaba cerrada con llave.

Sacó una pistola con silenciador, se agachó y empujó la puerta con la mano izquierda.

—¡Rick! ¡Rick Turpeen! —llamó.

Pero no obtuvo respuesta. Lentamente, se adentró en la casa, encendió la luz y miró a su alrededor. ¿Debía aguardar allí a que llegase su dueño?

De pronto, oyó voces en el exterior. Rápidamente, apagó la luz y se situó a un lado de la puerta. Alguien llamó a un tal James Erdninger. El forastero mantuvo silencio, con la pistola preparada. Un hombre empujó la puerta ligeramente y volvió a pronunciar aquel nombre.

—No está —dijo otro.

—¿Habrá ido ya a la Casa Alta?

—Seguramente. Vamos, nosotros debemos ir también allí o nos perderemos la fiesta. ¡No todos los días se puede ver arder a una bruja!

Los dos sujetos se alejaron. El forastero se asomó y los vio perderse en dirección norte. Decidió seguirlos; le llevarían al lugar en que se encontraba Turpeen, ahora oculto bajo el nombre de Erdninger.

La pistola volvió a su funda. El forastero pensó, mientras caminaba con paso vivo, que no tardaría mucho en utilizarla.

Para eso le pagaban.

CAPITULO XII

Había simulado acostarse, pero alrededor de las once, se levantó de la cama y encendió la luz. Revisó la pistola y volvió a guardarla en la funda que llevaba sujeta a la pantorrilla derecha. Podía ocurrir que necesitase utilizarla, al menos, como método intimidatorio.

Erdninger hablaría, se dijo. Tenía que averiguar cómo había llegado a saber el lugar y la hora en que la infeliz Dina Parks había desempeñado su comedia. Tenía la casi absoluta certeza de que había sido cosa de Mowatt, pero quería confirmarlo de labios del propio interesado.

Apagó la luz y se encaminó hacia la puerta. Súbitamente, alguien abrió desde el exterior.

Un puño le golpeó duramente en la mandíbula, antes de que pudiera reponerse de la sorpresa. Aunque no perdió el sentido, trastabilló, perdiendo el equilibrio, y se sintió presa de un ligero aturdimiento, que le hizo perder la iniciativa por completo.

Alguien dijo:

—Vamos, tú, aprisa.

Se encendió la luz. Daniels divisó a dos hombres, uno de los cuales era portador de un pequeño rollo de cuerdas. En pocos segundos, se encontró con las manos y los pies atados.

Mowatt sonrió.

—No queremos que nos estorbe —dijo.

Daniels inspiró con fuerza.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ella es una bruja. Debe morir —contestó Erdninger hoscamente.

—Están locos... Oiga, Mowatt, deje que le haga unas preguntas.

Mowatt sonrió.

—Si eso le va a dejar satisfecho...

—Usted sabía el día y la hora en que Dina Parks iba a desempeñar la comedia en el bosque, ¿no es cierto?

—Claro, la contraté —rió Mowatt cínicamente.

—Pero no estaba dispuesto a que la delatase.

—La dinamita es muy útil y no sólo para las canteras.

—Sí, me lo imagino. ¿Se lo dijo usted a Erdninger, para que éste tuviese tiempo de avisar a sus amigos y pudieran presenciar así la sesión de strip-tease que les dio Dina Parks?

—Conseguí unos resultados magníficos, usted lo sabe muy bien.

—Sí, tres tontos palurdos se tragaron una mentira gigantesca... Pero ¿por qué, Mowatt? ¿Por qué ha hecho todo esto? Usted sabía que Lorenz se llamaba Lerner y le presionó para que envenenase a tres mujeres.

—Si un médico honesto y competente decía que no sabía de qué habían muerto esas mujeres, lo lógico, para las sencillas gentes de Pearlville,

era pensar que una bruja les había lanzado un maleficio mortal, ¿no?

—Aun así, continúo sin entender sus razones —insistió Daniels.

Mowatt dio un paso hacia adelante. Sus ojos brillaban demencialmente.

—Ninguna mujer me ha desdeñado, sin sufrir las consecuencias —contestó—. ¿Lo comprende ahora?

Daniels se sintió estupefacto. Aquel hombre estaba loco, alterada su razón por los celos. No cabía otra explicación; puesto que Bruna le había rechazado, debía morir. Ya que no podía conseguirla, Tampoco permitiría que otro hombre, un día, pudiera tenerla en sus brazos. Mowatt era un sujeto vesánico, capaz de las mayores aberraciones. Listo, infernalmente listo, como la inmensa mayoría de los sujetos con la mente alterada.

—Y, además, quiere esta casa —añadió.

Mowatt lanzó una carcajada, que parecía proceder de la garganta de un demonio.

—Se lo diré claramente. Mi casa está a un nivel más bajo que las otras. Yo quiero vivir aquí, para dominar el pueblo, para que todos sientan mi poderío, ¿comprende?

Daniels volvió la vista hacia el otro individuo.

—Erdninger, usted no puede ser cómplice de este loco...

—Tiene que obedecerme, no le queda otro remedio —contestó Mowatt.

Erdninger asintió en silencio De pronto, Daniels reparó en un detalle que le había pasado desapercibido hasta aquel momento.

Las cejas de Erdninger, ordinariamente muy claras, tenían ahora trozos en los que se veían pelos negros. Resultaba inexplicable, a menos que se tiñese el vello... ¿Y por qué habría de usar un tinte?

De súbito, lo adivinó. Erdninger obedecía ciegamente a Mowatt, por propia conveniencia. Durante casi un año, había estado desempeñando la comedia del hombre de pueblo, vago y borrachín... Un disfraz perfecto, se dijo. Porque el doctor Bryler había podido alterar las facciones de Turpeen, pero no le había sido posible alterar las huellas dactilares ni tampoco cambiar el color del pelo, que en Turpeen había sido siempre muy negro. Ahora, bajo su aspecto de Erdninger, casi parecía un albino, pero se había retrasado un tanto en la operación de teñirse el pelo y las cejas, quizá por descuido o desidia... Prudente, prefirió callar su descubrimiento. Por ahora, parecía que iban a dejarle en paz. Si hablaba, Turpeen era muy capaz de cortarle el pescuezo.

Y Mowatt, que conocía la verdadera personalidad de Erdninger, le había forzado a actuar en provecho propio, como había sucedido con el doctor Lorenz.

—Está bien, vámonos.

—Oiga, ¿qué hacemos con este tipo? —consultó Turpeen.

—Luego vendremos a por él, cuando se hayan ido todos.

Mowatt y el otro se marcharon. Daniels empezó a forcejear para librarse de las ataduras. Maldijo entre dientes. ¿Qué diablos pensaban hacer con Bruna?

Bruna se sentía aturdida, como presa de una horrible pesadilla, de la que no podía despertar. Unos hombres habían irrumpido súbitamente en la casa, arrojándose sobre ella antes de que pudiera resistirse. En camisón, había sido sacada de la cama. Uno de sus atacantes le había puesto un esparadrapo en la boca, para evitar sus gritos.

Al descender a la planta bajan había visto a «Shackoo», tendido en el suelo, en medio de un enorme charco de sangre.

Un hombre se quejó:

—Ese maldito can me mordió cuando le corté el cuello...

—Ella era muy cuidadosa —rió otro—. Lo vacunaba todos los años.

Al salir fuera de la casa, a la explanada brillantemente iluminada por todas las luces de la casa encendida, Bruna vio algo que la hizo sentir un terror vivísimo.

Había un poste plantado en el suelo, a diez metros de la casa. Al lado, se divisaban numerosos haces de leña. Alguien tenía en las manos una delgada cadena, muy larga.

Cuando apareció en la puerta de la casa, se elevó un fuerte griterío.

—¡La bruja, la bruja!

—Ya se ha acabado su dominio sobre Satanás...

—Ya no embrujará a nuestras mujeres.

—El fuego para ella. ¡Las brujas deben arder!

Como en sueños, Bruna se vio arrastrada hacia el poste. Alguien había enloquecido a aquella gente, infiltrando en sus mentes ideas disparatadas.

En pocos segundos, estuvo amarrada al poste y sujeta por la cadena, que daba varias vueltas en torno a su cintura. Sus manos fueron atadas también a la espalda. Los hombres empezaron a acarrear leña.

De pronto, Bruna divisó a Mowatt a corta distancia. En el delgado rostro del sujeto lucía una sonrisa infernal. Erdninger estaba a su lado, sorprendentemente erecto.

—¡La gasolina, la gasolina! —gritó alguien.

Dos hombres corrieron hacia el montón de leña con sendas latas.

—No hemos podido venir antes —se disculpó Ben Darrell.

—Tuve que esconderlas, para que no las vieran antes de tiempo —dijo Tick Emory—. Luego, en la oscuridad, me costó un poco encontrarlas...

Había un par de hombres que sostenían antorchas encendidas. Darrell y Emory vertieron el contenido de las latas sobre el montón de leña y luego se retiraron a un lado.

—¡Fuego a la bruja! —gritó Mowatt con voz tonante.

Las dos antorchas volaron por los aires y fueron a caer al pie del montón de leña.

* * *

De repente, la puerta del cobertizo se abrió y una voz gruñona empezó a apostrofar a Daniels.

—¿Qué hace ahí, maldito tonto? Está durmiendo como un tronco y la van a quemar viva...

—Me han atado de pies y manos, Emily —dijo el joven—. Rápido, vaya a la cocina y traiga un cuchillo. ¡No encienda la luz!

La señora Penton lanzó un resoplido. Luego giró en redondo y abandonó el cobertizo.

Desde allí, Daniels podía escuchar perfectamente el griterío de los hombres que clamaban contra Bruna. Cuando llegó Emily, exhaló un suspiro de alivio.

—Ahora sí puede encender la luz —dijo—. Pero ¿cómo ha conseguido escapar?

Emily, arrodillada en el suelo, forcejeaba con el cuchillo.

—Fueron primero a por ella, olvidándose de mí, por lo visto. Escapé sin ser vista... Imagino que a lo mejor me están buscando ya... Hugo, tiene que hacer algo para salvarla —pidió la mujer casi llorando.

—Ha llegado usted muy oportunamente. —De pronto,

Daniels sintió las manos libres y arrebató el cuchillo a la señora Penton—. Deje, yo seguiré; usted está muy nerviosa.

—¿Cree que son momentos de tranquilidad? ¿No oye los gritos de esos salvajes? Daniels terminó de cortar las cuerdas que ligaban sus tobillos. Se remangó la pernera derecha del pantalón, sacó la «Beretta» y tiró del cerrojo, para llevar una bala a la recámara.

—¡Tiene una pistola! —se espantó Emily.

—Claro, para eso soy policía —respondió él, a la vez que abría la puerta y se precipitaba hacia el exterior.

En aquel instante, Mowatt lanzaba un tremendo grito:

—¡Fuego a la bruja!

Daniels saltó hacia adelante. Al llegar a la esquina, vio algo sorprendente.

—¡La leña no arde! —gritó alguien.

—¡Es imposible! ¡Han arrojado dos latas de gasolina!

Un hombre se acercó al montón de leña y pasó la mano por uno de los troncos.

—¡Nos han engañado; es agua! —aulló.

Mowatt lanzó una horrorosa maldición. La leña, mojada en su mayor parte, no ardería.

De repente, un hombre, con los ojos en las sombras proyectadas por el ala de su sombrero, se situó junto al acompañante de Mowatt.

—¿Me conoces, Turpeen?

El hombre que hasta entonces había sido conocido corno Erdninger

volvió la cabeza. Un temblor convulsivo acometió sus miembros. En el mismo instante, el recién llegado hizo fuego tres veces seguidas, a menos de un palmo del cuerpo de su víctima.

Mowatt, aterrado, saltó hacia atrás. Daniels se precipitó en la explanada, sujetando la pistola con ambas manos. Dispare un tiro al aire y gritó:

—¡Policía! ¡Todo el mundo quieto donde está!

El pistolero, terriblemente sorprendido, se volvió y disparó una vez contra Daniels, quien respondió con dos balazos, uno de los cuales derribó a su atacante. Los hombres que se habían congregado para quemar a la bruja, aterrados, se dispersaron en todas direcciones.

Daniels se acercó al pistolero, que yacía en el suelo, quejándose sordamente.

—Hola, Verdugo —saludó—. ¿Quién te encargó liquidar a Turpeen?

—Era... un traidor.., —jadeó el pistolero.

—Sí, suele suceder —convino Daniels. Agarró la pistola del asesino y se la metió en la pretina de los pantalones. Luego se acercó a Turpeen, que yacía boca arriba, con los brazos y las piernas en aspa. Burl Starley, apodado El Verdugo, solía fallar en muy contadas ocasiones. Los tres impactos habrían cabido en una moneda de medio dólar, y estaban a la altura del corazón.

Cruzó la explanada y se acercó a Bruna.

—¿Has echado algún maleficio a los leños para que no ardieran? —sonrió, mientras la desataba.

—No vertieron gasolina, sino agua —contestó ella.

Daniels arqueó las cejas.

—¿A quién se le ocurrió tan brillante idea? —exclamó.

—A mí, señor Daniels.

El joven volvió la cabeza.

—Erdninger me pidió que buscase dos latas de gasolina, pero yo cambié el contenido por agua. Había hablado mucho con Lawson. Matt me contó lo que había estado haciendo el doctor Lorenz... Yo no podía impedir que la atasen al palo, pero el agua evitaría que la leña ardiese...

—Ella te lo agradecerá toda la vida —rió Daniels. De pronto, frunció el ceño—. ¿Dónde está Mowatt?

—Me parece que le vi meterse en la casa —contestó Emory.

—Tick, termina de desatar a la señorita Bruna —dijo el joven, a la vez que se lanzaba hacia el edificio.

* * *

A todo correr, viendo frustrados sus planes, Mowatt corrió a través de la casa hasta llegar a la cocina. Levantó la trampilla y se dispuso a descender al pozo. Abajo, cuarenta metros, había una salida. Podría escapar sin que nadie lo supiera.

Lentamente, puso el pie en el primer peldaño de hierro, luego en el segundo, en el tercero... Sus manos se asieron al primer peldaño, pero, súbitamente, el pie derecho resbaló en un metal muy húmedo.

El resbalón le dejó colgando en el aire. Pero el primer peldaño estaba corroído por el orín. La tensión motivada fue demasiado fuerte y el hierro se rompió.

Mowatt lanzó un horrible alarido al ver que le fallaban los puntos de apoyo. Giró en el aire involuntariamente y tropezó veinte metros más abajo con una pared llena de aristas, que rasgaron horriblemente su cara. El pequeño rebote lo lanzó contra la pared opuesta, a treinta metros de la boca del pozo. Unos huesos se quebraron en sus piernas con horrendos chasquidos. Luego se inclinó hacia su espalda, en el último tramo de la caída. Al chocar contra el fondo, el saliente de una roca le destrozó la columna vertebral. Sintió un estallido de dolor infinito y luego todo se hizo de noche en su cerebro. Ya no pudo distinguir al hombre que, asomado a la boca del pozo, arriba, a cuarenta metros de distancia, había encendido una lámpara eléctrica para ver lo sucedido.

* * *

—Mowatt era hombre que tenía bastantes relaciones con el bajo mundo de Boston, aunque siempre fue lo suficientemente astuto, para mantenerse neutral con unos y otros. Jamás tuvimos nada contra él, porque nunca cometió un desliz, hasta que su salud mental empezó a flaquear, sin duda a causa de una sífilis mal curada que padeció hace veinte años —explicó dos días más tarde el jefe Rothermere, desplazado especialmente a

Pearlville, con un grupo de ayudantes—, Pero cuando Turpeen apareció por aquí, en busca de refugio, porque huía lo mismo de nosotros que de sus antiguos amigos, Mowatt decidió explotar la ocasión que se le presentaba, para unos proyectos que había concebido, con una mente ya enferma. De no haberse estrellado contra el fondo del pozo, habría acabado loco incurable en algún sanatorio.

—El conocía la existencia del pozo —dijo Bruna—. Cuando yo no le conocía aún bien del todo, se lo conté...

Rothermere hizo un gesto con la cabeza.

—Hemos encontrado en casa de Mowatt casi tres cuartos de millón de dólares —dijo—. Eran de Turpeen, por supuesto. Debió de haberle convencido de que el dinero que estafó a sus amigos, estaba más seguro en su casa. Turpeen, por otra parte, sabía que sus antiguos compinches le buscaban a toda costa. Incluso habían conseguido que Bryler les diese algunas fotografías del nuevo aspecto de Turpeen, cosa que había hecho, en contra de lo que llegamos a pensar.

Bruna bajó la cabeza.

—Y todo lo hizo por mí...

—Era una obsesión enfermiza. No se lo reproche, aunque haya muerto. Puede decirse que no sabía lo que se hacía, aunque hubiese elaborado un plan muy aceptable para deshacerse de usted,

—Pronto me marcharé de aquí —dijo Bruna—. Estoy a punto de terminar mis trabajos y, espero, con buenos resultados.

—Pero ¿qué hace en su laboratorio? —se extrañó Rothermere,

Bruna forzó una sonrisa.

—Ensayo cosméticos, una nueva crema para la piel —contestó—. Mi empresa estudió el ambiente y decidió que aquí podría hacer las pruebas mucho mejor, debido a la limpieza del ambiente. En Boston, los experimentos resultaban siempre un fracaso, pese a los filtros de aire de! laboratorio.

—Vaya, cosméticos —resopló Rothermere—. Oiga, cuando lancen esa crema al mercado, avíseme para comprar una caja a mi esposa. Siempre está quejándose de su cutis... Por cierto, ¿han elegido ya el nombre?

Bruna sonrió.

—Debiera adivinarlo, jefe —contestó.

Rothermere alzó las cejas.

—No caigo...

—«Brujería», hombre —rió la muchacha.

—Sí, resulta lógico. —Rothermere la miró críticamente—. Tan joven y ya es todo un químico —dijo, admirado.

—He hecho esto para ganar algún dinero. Más adelante, me dedicaré a la investigación en serio.

—Es una buena idea.

De repente, se oyó un chillido estridente en la cocina. Bruna y Rothermere, alarmados, se pusieron en pie.

—¡Un monstruo! —Gritó Emily—, Hay un ser horrible en la casa...

De pronto, sonó una alegre carcajada.

—Vamos, Emily, no se asuste, soy yo —dijo Daniels—. Lo que sucede es que quise darme un poco de crema, para parecer más guapo, y causarle a usted buena impresión, pero alguna bruja me ha vuelto la piel completamente negra,,,

—De modo que quería causarme buena impresión, ¿eh? —Dijo la sirvienta, con las manos en los costados—. Y ¿qué me dice es esa chica que aguarda en la sala?

—Bueno, ella no querrá que yo...

—Pregúnteselo, tonto. Pero límpiese la cara primero; si le ve disfrazado de caníbal, le va a dar un ataque.

—Oiga, Emily, ¿usted cree que Bruna...?

—Eso no me lo diga a mí, dígaselo a ella. Hay cosas que un hombre debe hacer por sí mismo o no es hombre.

Daniels sacó el pecho.

—No soy un cobarde —dijo resueltamente.

Y echó a andar hacia la puerta de la cocina.

—¡Pero no se ha limpiado aún la cara! —gritó Emily.

Daniels se volvió hacia la sirvienta.

—Esta crema oscura tiene una ventaja: no me verá palidecer de emoción cuando me dé su respuesta —dijo.

—Tiene razón —sonrió la señora Penton.

Daniels abrió la puerta. Bruna aguardaba a pie firme a pocos pasos de distancia.

—Lo he oído todo —dijo ella, sonriendo.

—Entonces, creo que no debo añadir nada por mi parte.

Bruna aguardó silencio un instante. Pero en la expresión de su rostro, Daniels adivinó que la respuesta que iba a recibir a su pregunta sería afirmativa.

FIN